Comedias

7434

UE GARCIA ALVAREZ

Caricatura de TOVAR

2

egorio MARTINEZ SIERRA :-: MUJER :-:

IXTA, LA PRESTAMISTA
. NIÑO DE BUENAVISTA
y Enrique GARCIA ALVAREZ y Fernando LUQUE

50 céntimos

NUMERO VII :-: 3 DE ABRIL DE 1926 :-: AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANDRES GUILMAIN

GERENTE: BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 :-: MADRID :-: Apartado 8.036

Precios de suscripción.—*España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año, 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

NÚMEROS PUBLICADOS

Núm. I.—**Jacinto Benavente**: Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador.—**Enrique García Alvarez** y **Joaquín Abati**: Clara Luna.

Núm. II.—**G. Martínez Sierra** y **Honorio Maura**: Susana tiene un secreto.—**Carlos Arniches** y **Antonio Paso**: ¡Qué encanto de mujer!

Núm. III.—**Alejandro Pérez Lugín** y **Manuel Linares Rivas**: Currito de la Cruz.—**Eduardo Marquina**: El pavo real.

Núm. IV.—**Pedro Muñoz Seca** y **Pedro Pérez Fernández**: Los campanilleros.—**Luis Gabaldón** y **E. Gutiérrez Roig**: Poderoso caballero...

Núm. V.—**Carlos Arniches**: La cruz de Pepita.—**Augusto Martínez Olmedilla**: La mano de Alicia.

Núm. VI.—**S. y J. Alvarez Quintero**: La consulesa.—**F. Romero y G. Fernández Shaw**: La sombra del Pilar.

Núm. VII.—**G. Martínez Sierra**: Mujer.—**E. García Alvarez** y **Fernando Luque**: Calixta la prestamista.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

Eduardo Marquina: Una noche en Venecia.—**Jacinto Benavente**: De cerca.

Imp. de F. Moliner, Leganitos, 54, MADRID

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

MUJER

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Eslava, de Madrid, el 31 de Octubre de 1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ESTRELLA, (veinticuatro años)..	Catalina Bárcena.
FERNANDA, (veinte).....	Milagros Leal.
MISS WATSON, (cincuenta).....	Rafaela Satorres.
CARLOTA (doncella, veintidós)...	Rosa Díaz Gimeno.
UNA DONCELLA VIEJA.....	Carmen Terán.
GABRIEL (treinta años).....	Manuel Collado.
EDUARDO (treinta y nueve).....	Luis Manrique.
MARIANO (criado, treinta).....	Luis Pérez de León.

671034

ACTO PRIMERO

Saloncito íntimo, puesto con buen gusto, pero más bien a la antigua y severamente. Chimenea en el fondo, y junto a la chimenea sofá, dos butacas, un taburete y mesita para tomar el café. Dos puertas a los dos lados de la chimenea. Otra en la pared de la izquierda. Balcón en la pared de la derecha.

Al levantarse el telón, una DONCELLA está sirviendo el café en la mesita. Entran, sin hablar, viniendo del comedor, ESTRELLA, FERNANDA, MISS WATTSON y EDUARDO. Se sientan todos menos Miss Wattson, que se queda en pie junto a Estrella. La doncella se retira silenciosamente. Estrella sirve el café, también en silencio.

EDU. (*Suspira ruidosa y cómicamente.*) ¡Ay!

ESTR. ¿Por qué suspiras?

EDU. (*Con guasa.*) Para romper el lúgubre y solemne silencio que nos embarga... ¡Parecemos la Procesión del Santo Entierro!

ESTR. ¡Qué tonto eres! (*Le alarga una taza de café.*)

EDU. No lo sabes tú bien. (*Pasando a Miss Wattson, que sigue en pie, la taza que le ha dado Estrella.*) Miss Wattson...

WATT. (*Rechazando la taza.*) ¡Ach! ¡Gracias, no! Yo nunca toma veneno alguno, sea él excitante o deprimente. Quiere conservar siempre estático mi equilibrio mental. (*Da un paso hacia la puerta.*) ¡Hasta luego!

EDU. (*Cómicamente aterrado.*) ¿Nos deja usted? ¡Eso sí que no! Aunque no se envenene usted con nosotros, tenga usted la bondad de sentarse y ayudarnos a velar al difunto.

WATT. (*Con candidez inglesa.*) ¿Cuál difunto? (*Se sienta.*)

EDU. Eso pregunto yo. Señoras, ¿quién se ha muerto en esta casa?

ESTR. (*Que ha servido café a Fernanda y a sí misma, pero que preocupada visiblemente, le deja enfriar.*) ¡No seas ridículo!

EDU. (*Sin hacer caso de la interrupción.*) Sí; porque a no haber sucedido una desgracia, no me explico la melancolía que ha reinado durante el almuerzo. Además de no haberos dignado dirigirme la palabra..., miss Wattson es testigo..., habéis hecho una acogida siberiana a los escogidísimos chistes y a los saladísimos chismes que he estado acumulando en vuestro honor, por Madrid y sus afueras, desde el jueves pasado... Vale la pena de invitar a almorzar a un amigo para hacerle sentir tan claramente que su presencia es... innecesaria.

ESTR. (*Sonriendo cariñosamente.*) Los verdaderos amigos son

aquellos en cuya compañía puede uno callarse cuando no tiene gana de hablar.

EDU. ¿Te ha quitado la gana de hablar el que el maridito no haya almorzado en casa?

ESTR. (*Sonriendo un poco forzadamente.*) ¡Me haces reir!

EDU. ¡Gracias a Dios!

ESTR. (*Con solemnidad de persona mayor.*) ¡Ya no estamos en la luna de miel!

EDU. (*Muy serio.*) Celebro saberlo.

ESTR. ¿Para qué?

EDU. Para atreverme a venir a esta casa un poco más a menudo.

ESTR. (*Un poco picada.*) No parece sino que alguien te ha impedido nunca que vengas cuando se te antoje.

EDU. Es verdad. Pero siempre que he llamado al timbre, durante estos tres últimos años, he tenido así como escrúpulo de cometer una indiscreción.

ESTR. (*Con admiración.*) ¿Tú?

EDU. (*Riéndose.*) ¡Era tan raro no sorprender un beso detrás de una puerta!

ESTR. (*Enfadada.*) ¡Estúpido!

WATT. ¡Ach!

EDU. (*Volviéndose hacia la inglesa, sin hacer caso del insulto de Estrella.*) Perdone usted, Miss Wattson, lo *shoking* de mi observación. Usted puede que no haya reparado en ello, porque no hace más que dos semanas que está usted en Madrid, y, por lo visto, (*Mirando de reojo a Estrella.*) su llegada de usted ha coincidido con el cuarto menguante...; pero le aseguro a usted que era un escándalo... Tres años largos de amor conyugal, no sólo apasionado, sino meloso... Una niña educadita a máquina, a la inglesa, por una educadora como usted; (*Miss Wattson se inclina y sonríe.*) una solterita tan fría, tan correcta, tan super-razonable, y que, en cuanto recibe las bendiciones, se convierte en volcán, en merengue, en tarro de almíbar... No sabe usted cuántos desesperados que en el día propicio no se atrevieron, vagan por esas calles, plazas y plazuelas, clamando entre sollozos: ¡Quién se iba a figurar que debajo del témpano había un caramelo de los Alpes! ¡Si se hubiera sabido!

ESTR. (*Entre risa y enojo.*) ¿Te quieres callar ya?

EDU. (*Inclinándose galantemente.*) Si tú me lo mandas... (*Volviéndose hacia Fernanda, que, visiblemente ensimismada, no ha prestado atención a lo que hablan, y, gritándole casi en el oído.*) ¡Niña!

FERN. (*Como si despertase.*) ¡Ay, qué susto me has dado!... ¿Qué quieres?

EDU. Hacerte aterrizar.

FERN. ¿A mí?

EDU. Sí... desde el quinto cielo, por el que vas volando.

FERN. ¿Yo?

EDU. Tú no tienes marido cuya ausencia te preocupe.

FERN. (*Sonriendo.*) No, que yo sepa.

EDU. Y, sin embargo..., callas y meditas... Mírame... Dentro de esos profundos ojos negros adivino la sombra fatídica de un hombre.

ESTR. Hoy le ha dado a éste por las adivinanzas.

FERN. (*A Eduardo.*) ¿De veras?

EDU. ¡Infalible! Cuando una mujercita bonita y con dinero se preocupa o se entristece, no puede haber más que una causa: ¡¡¡El!!! El, con letra mayúscula y tres admiraciones. Aquí sucede algo. ¿No es verdad, Miss Wattson?

WATT. (*Muy digna.*) ¡Ach !... Yo, como está inglesa, no tiene la curiosa costumbre de los españoles, de estar el policía secreta de la vida de otros... Yo no cuenta los besos ajenos detrás de las puertas.

EDU. (*Desconcertado.*) Usted perdone... No he querido...

WATT. (*Amabilísima.*) ¡Ach! ¡Yo no tiene nada que perdonar!... Yo tan sólo dice objetivamente aquello que yo observa... Con nosotros, ingleses, un amigo está con su amigo, y le da la vida, si el amigo juzga propio pedírsela; pero mientras el amigo no llama, él no se permite de inspeccionarle el alma por las rendijas... Con ustedes, en España, es todo del revés...; ustedes, españoles, se olvidan de contar las pesetas de su propio bolsillo, por correr enterarse de los céntimos en el portamonedas del vecino... (*A un gesto de Eduardo.*) Yo no censura... ¡Ach! ¡No!... No me permite de censurar... A ustedes gusta así, bien está así...; cada país tiene su propio pintoresco. (*Se levanta.*) Realmente tengo que marcharme. (*A Eduardo, que se levanta y le sostiene la puerta para que salga.*) No se molesta, no se molesta... (*Sale.*)

EDU. (*Volviendo junto a Estrella y Fernanda, pero sin sentarse.*) ¡Buen sermoncito me ha echado la inglesa!

FERN. (*Que se ha levantado también.*) ¡Bien empleado te está, por preguntón! ¡Eres el hombre más curioso de la tierra!

EDU. (*Serio.*) La curiosidad de mí para vosotras, señoras mías, se llama interés, y es respetabilísima, porque viene derecha del corazón; pero si a ustedes les molesta, me enmendaré... (*Fernanda da un paso hacia la puerta.*) ¿Dónde va su Excelencia Ilustrísima con tanta prisa?

FERN. (*Echándose a reir.*) ¡Ya te vas enmendando!... Voy, con tu permiso, a ponerme guapita para ir al *tennis*.

EDU. Si quieres que yo te acompañe...

FERN. (*Riéndose.*) Gracias, no... ¿Contigo sola por la calle?.. ¡Comprometes demasiado, hijo mío!...

EDU. ¿Yo?

FERN. ¡Nunca se te ve más que con señoras... dudosas! (*Se ríe y sale.*)

EDU. (*Suspirando.*) Es verdad... Soy un amigo para andar por casa... Por más que con vosotras no reza eso... A vosotras no hay quien os comprometa... No sé qué tenéis... os habían de ver salir de madrugada de *Maxim's*, del brazo del negro del *Jazz-band*, borracho perdido, y pensarían que le habíais ido a buscar para enseñarle a rezar el rosario...

ESTR. ¡Ventajas de la buena fama, hijito!

EDU. Sí, es curiosa la fuerza de dogma que tiene la reputación de una mujer honrada de veras. Y vosotras batís el *record* en eso como en todo. ¡No sabéis lo que os quiero, chiquillas!

ESTR. (*Un poco conmovida.*) ¿Por qué lo dices ahora y en ese tono?

EDU. Porque sí... Me ha entrado de repente la necesidad absoluta de decirlo...

ESTR. Es curioso...

EDU. ¿El qué?

ESTR. Eso, precisamente... que nos quieras tanto... Muchas veces me lo he preguntado: ¿por qué nos querrá tanto este *perdis*?

EDU. Porque sois un oasis.

ESTR. ¿En el desierto de la mala vida?

EDU. No sólo de la mala... En la vida de un *perdis,* como dices tú, no hay más que dos clases de mujeres: las *que sí* y las *que no*. Las *que sí,* divierten, pero cansan; las *que no,* aburren y además ponen de malhumor con sus gazmoñerías hipócritas. (*A un gesto de ella.*) Hipócritas, sí, sí...; porque ellas, en su orgullo de virtud, han decidido no caer; pero las pobrecitas se mueren de ganas de que el hombre tropiece... con ellas... No hay cosa más enervante y más cargante que esa coquetería detrás de la barrera, ese juego indigno del al higuí quese traen las señoras irreprochables... (*Enfadado.*) ¡Mírame y no me toques ¡Abominable!... Vosotras, a Dios gracias, sois la excepción. Vuestra virtud es tan indudable, hasta para vosotras mismas, que no os tomáis el trabajo de defenderla con gazmoñerías... A vuestro lado está uno tan en paz y tan a gusto, que llega uno a olvidarse hasta de lo bonitas que sois.

ESTR. ¡Ja, ja, ja! ¡Aseguradas de incendios!

EDU. ¡Ríete! (*Se queda un momento pensativo.*) Lo mismo que vosotras era vuestra madre... (*Muy despacio, como recordando.*) Catorce años tenía más que yo..., quince tengo yo más que tú... Casi hubiera podido ser mi madre, y casi puedo yo ser padre vuestro... En veinte años no he dejado de venir a esta casa, por lo menos dos veces a la semana... Vaya, hoy estoy en vena sentimental..., debe ser la proximidad aterradora de los cuarenta abriles...Ea, no canso más. (*Estrella se levanta.*) ¿De veras no te sucede nada?

ESTR. (*En pie, junto a él.*) Creo que no...

EDU. ¿Y a la niña tampoco?

ESTR. Tampoco...; es decir... no he reparado...

EDU. Eso es lo que me alarma precisamente... Cuando tú, madrecita ejemplar, no has reparado en la preocupación de tu hermana, debe ser que estás preocupada por cuenta propia...

ESTR. (*Sonriendo.*) ¡Eres un psicólogo terrible!

EDU. (*Sonriendo.*) La mala vida enseña mucho.

ESTR. (*Estremeciéndose.*) ¡Han abierto la puerta!... (*Escucha con disimulada ansiedad y dice con alegría.*) ¡Gabriel!

EDU. ¡El niño perdido!

ESTR. (*Con felicidad.*) ¡No seas tonto! (*Entra Gabriel, viniendo de la calle. Viene muy contento y animado. No puede ocultar la felicidad egoísta que le rebosa por todo el cuerpo.*)

GABR. (*Entrando.*) ¡Buenos días!

EDU. ¡Muy buenos!

GABR. (*Adelantando cordialmente.*) ¿Tú por aquí?

ESTR. (*Con suavidad.*) Es jueves...

GABR. (*Ligeramente confuso.*) Es verdad..., es jueves... Chico, dispensa que no haya venido a almorzar. Se me había olvidado el día en que vivo.

EDU. Por ti lo siento. No sabes el arroz a la andaluza que te has perdido.

GABR. (*Por decir algo.*) Hace un siglo que no te había visto.

EDU. Pues vengo aquí tan a menudo como siempre... Ya me ha dicho Estrella que ahora vives atareadísimo...

GABR. Regular...

ESTR. Le ha dado por los negocios, y ni come ni duerme... ¡Figúrate! Dice que quiere ganar medio millón en medio año... El, que hasta ahora nunca había pensado más que en gastar... Me le han cambiado.

GABR. La madurez...

EDU. Ea, hasta más ver.

GABR. ¿Te marchas porque he venido yo?

EDU. No, ya me despedía... Yo también voy a ver si gano..., soy más modesto..., unos cuantos billetes de cinco duros...

ESTR. (*Asombrada.*) ¿También tú negocios?

EDU. *Bridge*... Es más descansado y más elegante... No salgáis... Sé el camino.

ESTR. ¡El jueves el arroz es a la catalana!

EDU. (*Ya en la puerta.*) No faltaré. Soy regionalista. (*Sale.*)

ESTR. (*Con cariño, mirándole salir.*) ¡Buen muchacho!

GABR. (*Un poco superior.*) Cabeza loca...

ESTR. Pero corazón de oro... (*Viendo que Gabriel, en pie, junto a la mesita, revuelve los trastos del café.*) ¿Quieres café?

GABR. No..., sí...; es decir..., ya lo he tomado, pero...

ESTR. Siéntate...

GABR. (*Va a decir que no puede, pero se contiene y saca el reloj.*) ¿Qué hora es?... ¿Las tres y media ya?... Sí... me sentaré un poco. (*Se sienta y suspira con cierta inevitable satisfacción animal.*) ¡Ah!

ESTR. (*Sentándose en el brazo del sillón, con cariño.*) ¿Estás cansado?

GABR. ¿Por qué?

ESTR. Dicen que los negocios cansan..., te habrás pasado la mañana discutiendo. (*Le pone suavemente la mano en el hombro.*) ¿Has almorzado bien?

GABR. (*Acariciando suavemente la mano de Estrella.*) Perfecta-

mente... No tan bien como aquí, desde luego... pero... Y tú... ¿te has aburrido?

ESTR. Aburrirme, no... pero...

GABR. ¿Pero?

ESTR. No me gusta que faltes a almorzar cuando hay alguien de fuera.

GABR. Eduardo es de casa.

ESTR. Sí...; pero... como precisamente... el jueves pasado tampoco almorzaste... se puede figurar...

GABR. ¿Qué?

ESTR. No..., nada...; soy tonta... (*Se levanta y Gabriel se pone también en pie. Ella se estrecha contra él.*) ¿Me quieres?

GABR. (*Sonriendo con cierta superioridad.*) ¿Todavía no lo sabes?

ESTR. (*Sonriendo.*) A ratos se me olvida.

GABR. (*Haciéndola dar un paso hasta ponerse frente al espejo.*) Mírate al espejo, verás cómo te vuelve la memoria. (*Ella se mira e inevitablemente sonríe.*) ¿Eh... qué tal?

ESTR. (*Sonriendo.*) No está mal del todo.

GABR. ¿Entonces?

ESTR. (*Con suave coquetería.*) Dice el refrán: Siempre perdices, cansan.

GABR. Hipócrita. (*La abraza.*)

ESTR. (*Contentísima y dejándose abrazar.*) ¡Tonto! (*Viendo en el espejo a Fernanda que va entrar y se detiene al verlos.*) ¡Ah!... (*Se aparta un poco de su marido.*)

FERN. (*Graciosamente.*) ¿Estorbo? (*Entra tapándose los ojos con las manos. Trae ya el sombrero puesto.*) ¿Puedo mirar ya?

GABR. (*Sinceramente galante.*) ¡Y dejar que te miren! ¡Chiquilla, cómo estás! Es un escándalo: enguapeces por días. ¿Es posible que aun no te hayan raptado?

FERN. (*Con buen humor.*) Todo se andará.

GABR. Con permiso de ustedes, voy un momento a mi cuarto... (*Sale.*)

FERN. Lástima que no hubiera estado aquí Eduardo. Por lo visto, la luna no mengua...

ESTR. ¿Ya con el sombrero puesto?

FERN. Ya.

ESTR. ¡Qué prisas! ¿No esperas a Mercedes? Dijo ayer que vendría a buscarte.

FERN. Dijo, dijo..., pero a lo mejor se le olvida y no viene... Miss Wattson va a salir para ir al Museo. La he pedido que me deje al pasar. (*Da unos pasos con impaciencia.*)

ESTR. (*Mirándola con curiosidad.*) Muy impaciente estás.

FERN. Sí..., un poquillo...

ESTR. ¿Qué te pasa?

FERN. Como pasar... pasar... no me pasa nada..., pero...

ESTR. ¡A ver si va a tener razón Eduardo!

FERN. (*Disimulando la confusión con el atrevimiento de la expresión.*) ¡La tiene!

ESTR. (*Sorprendida.*) ¡Tú! ¡Enamorada!

FERN. (*Sonriendo.*) ¡Como un asnito!

ESTR. ¡Chiquilla!

FERN. Veinte años y diez días. Veinte y dos meses tenías tú cuando te casaste...

ESTR. ¿Pero así... de repente?

FERN. ¡Como un terremoto!

ESTR. (*Un poco desconcertada.*) Y... ¿desde cuándo?

FERN. Desde hace seis semanas..., sí..., seis semanas justas... menos una tarde...

ESTR. ¿Pero estás bien segura de que es en serio, en serio?

FERN. ¡Para toda la vida! (*Sonríe, llevándose las manos al pecho.*) ¡No tiene remedio!

ESTR. ¡Criatura!... ¿Y él?

FERN. El... ¡no sé!

ESTR. ¡Cómo!

FERN. Me figuro que sí..., me parece que también...; pero de cierto... no me atrevo a decir... Ahora que hoy (*Con resolución.*) ¡no vuelvo a casa sin saberlo! (*Sonriendo.*) Por eso estoy... un poquitillo impaciente. (*Mirando hacia la puerta por donde espera que entre Miss Wattson.*) ¡Lo que tarda una vieja en componerse!

ESTR. (*Deteniéndola.*) Ven aquí... dime siquiera quién es, cómo se llama...

FERN. Carlos Alceda.

ESTR. ¿Alceda? ¿Pero no estaba en América?

FERN. (*Sonriendo.*) De América se vuelve. Está en Madrid... hace seis semanas.

ESTR. (*Sonriendo.*) No ha perdido el tiempo. ¡Ay, criatura, criatura loca! (*La tiene abrazada.*)

FERN. (*Tapándole la boca con las manos.*) No me riñas..., no tienes derecho. (*Sonriendo.*) Ni ganas tampoco. (*La abraza, estrechándose contra ella.*) Esa es la ventaja de que la madrecita que tiene una (*La besa.*) sea su hermana. Aunque quiera llamarla a una loca no puede, porque todavía no se le ha olvidado a qué sabe el querer, y cuando va a ponerse terriblemente seria, le dice el corazón: ¡pero si estás tú tan requetechiflada como ella! (*Escuchando hacia la puerta.*) ¡Ya sale..., gracias a Dios...; voy, voy!

ESTR. (*Queriendo detenerla.*) Pero aguarda..., cuenta..., explícame...

FERN. No... ahora no puede ser..., luego..., vuelvo en seguida..., en cuanto sepa... Adiós (*Vuelve a abrazarla y echa a correr.*)

ESTR. ¡Buena suerte!

FERN. (*Desde la puerta.*) No me la desees, que dicen que es de mal agüero. (*Sonríe un poco nerviosamente, y sale con precipitación.*)

ESTR. (*Se queda inmóvil en el centro de la habitación, un poco sobrecogida.*) Criatura..., tan pronto... (*Sonríe.*) ¿Por qué no?... Después de todo es la sal de la vida... (*Pensativa, como recordando.*) Carlos Alceda... Carlos Alceda... (*Se acerca al balcón y mira. Entra la doncella y en silencio recoge el servicio de café. Sale. Entra Gabriel.*

Al ver a Estrella hace un gesto de contrariedad, que inmediatamente borra con una sonrisa.)

GABR. ¿Estás sola?

ESTR. Sí... Fernanda se ha ido al *tennis*.

GABR. ¿Y tú... no vas?

ESTR. Hoy ya sabes que no... Es jueves... es mi día... (*Entra el criado. Trae en la mano un abrigo y algunas mantas de automóvil.*)

MARI. Señorito... (*Se detiene al ver a Estrella.*)

GABR. (*Precipitadamente.*) Ponlo todo en el coche... Ahora bajo... (*El criado sale.*)

ESTR. Ah... ¿pero te marchas?

GABR. (*Da un paso.*) Sí.

ESTR. ¿Otra vez?... ¡No!

GABR. (*Fingiendo naturalidad.*) Sí...

ESTR. ¡Y acabas de venir! ¡Imposible!

GABR. Imposible... pero inevitable.

ESTR. (*Mimosa, acercándose a él.*) ¿Hay algo inevitable en este mundo?

GABR. (*Haciéndole una caricia como a una niña.*) Para las personas formales...

ESTR. (*Muy seria.*) ¿Dónde vas?

GABR. De excursión...; es decir... de exploración...

ESTR. ¿Una mina?

GABR. Casi... Un capitalista al que hay que conquistar... Me le llevo a la Sierra... para decirle...

ESTR. ¡El famoso negocio!

GABR. ¡Búrlate de él!

ESTR. (*Con gravedad subita.*) No me burlo... lo digo muy en serio. Si para conseguir esas riquezas, que hasta ahora no me han hecho falta ninguna, es preciso que estés siempre fuera de casa, renuncio a ellas. ¡Prefiero el marido al medio millón! ¡Por lo tanto, (*Con graciosa firmeza.*) hoy no sales!

GABR. (*Esforzándose por no mostrar su impaciencia.*) ¿Orden superior?

ESTR. ¡Con pena de muerte, si se desobedece! Me da... (*Sonríe para disimular el rubor.*) melancolía que te vayas...

GABR. ¿Mimos?

ESTR. ¿Y si lo fueran? ¿Hay nada en el mundo más respetable?... En serio: no quiero que te marches hoy. Tienes que ayudarme a hacer los honores de mi té..., es de gran gala..., vendrá mucha gente..., tendremos nuestro poco de música..., quién sabe si de baile... (*A un gesto de él.*) ¡No pongas esa cara de hombre superior que desdeña las frivolidades mundanas! Te gustan las visitas, la charla, los chismes, las coqueterías, por lo menos tanto como a mí... ¡por lo menos!... en vista de lo cual...

GABR. En vista de lo cual, si renuncio a todo ello debe haber un motivo poderoso...

ESTR. Ante el cual, el deseo... o el capricho... (*Esforzándose en seguir en tono de broma, pero con gravedad por dentro.*) o el mimo de tu señora esposa ¿no vale nada?...

GABR. (*Dándola un beso.*) Por hoy nada; lo siento; pero adiós. (*Da un paso.*)

ESTR. (*Nerviosa.*) ¡Está muy bien!... No me vengas tú luego con zalamerías...

GABR. ¿Te enfadas?

ESTR. (*Grave y dolida.*) ¡Algo más!

GABR. (*Cariñoso.*) ¡No seas chiquilla!

ESTR. (*Con violencia.*) ¡No seas tú... inocente!

GABR. (*Con afectación de dignidad.*) ¿Por qué dices eso?

ESTR. ¡De sobra lo sabes!

GABR. ¡Yo no sé nada!

ESTR. (*Con violencia.*) Y además no mientas. (*Con dolor y altivez.*) ¡No me lo merezco!

GABR. (*Un poco desconcertado.*) Pero...

ESTR. ¡Hablemos en serio, Gabriel!

GABR. (*Con un poco de impaciencia.*) Ahora no puede ser... Me esperan...

ESTR. (*Amárgamente.*) El... capitalista... ¿no?

GABR. (*Tozudo.*) ¡Sí!

ESTR. (*Sonriendo.*) ¿Por qué... no le traes aquí... a casa... hoy precisamente... que tenemos un poco de fiesta?... Yo te ayudaré a... decidirle... Soy buen diplomático...

GABR. No puede ser...

ESTR. ¿Por qué?
precisamente... que tenemos un poco de fiesta?... Yo te

GABR. Porque es..., cómo te diré yo..., porque es un hombre...

GABR. (*Muy indignado.*) ¿Qué dices?

ESTR. (*Grave.*) Gabriel..., no te rebajes y me rebajes con mentiras inútiles y absurdas... Te quiero, bien lo sabes, con toda mi alma...; pero, por lo mismo que es tan grande y y tan leal, mi cariño merece siquiera tu respeto... Y el engaño..., aunque a ti te parezca compasión, es una villanía.

GABR. ¿Pero... qué te figuras?

ESTR. (*Mirándole fijamente.*) En tu vida..., desde hace algún tiempo..., hay otra mujer...

GABR. ¡No!

ESTR. ¡Sí!

GABR. (*Queriendo fingir enojo.*) ¿Quién te lo ha dicho?

ESTR. Tú... (*Ante el gesto de asombro de él.*) Sí..., a cada instante..., con tu inquietud, con tu impaciencia, con tu nerviosidad, con tu alegría extraña..., con toda tu actitud.

GABR. (*Hipócritamente.*) ¿Tienes quejas de mí? ¿No soy contigo tan cariñoso como siempre?

ESTR. (*Dolorosamente.*) Más. (*El va a hablar.*) ¡Calla!... Demasiado... Eres amable... con aplicación... con cuidado excesivo..., con remordimiento... para engañarme... y para compensarme..., como si me quisieras pagar lo que me quitas con la exageración de lo que me das...

GABR. (*Con burla.*) ¡Qué imaginación!

ESTR. (*Violenta.*) ¡No te burles, que eso me hace más daño!... No es imaginación... es certidumbre... He observado...,

he sentido..., sé... Además, tengo pruebas. (*El la mira con alarma.*) Sí... una carta.

GABR. (*Tranquilizado.*) ¿Una carta?... ¡Imposib'e!

ESTR. (*Sacando del bolsillo y echando sobre la mesa un pedazo de papel.*) Aquí está... Lee... Es decir, no hace falta..., me la sé de memoria... Dice así: «Esta tarde, a las cinco, donde siempre...» ¡Lacónica, pero elocuente!

GABR. (*Muy superior.*) ¡Bah!... Dos líneas escritas a máquina...

ESTR. (*Interrumpiéndole con violencia.*) Y sin firma... ¡Precisamente!... (*Con ironía.*) Una cita de negocios, ¿no?... ¡No!... Un... capitalista hubiera firmado y hubiera precisado el lugar del encuentro... Además... nunca se piensa en todo. Conozco el papel... y el perfume del papel. (*Sencillamente.*) Es de Laura Salcedo.

GABR. (*Aturdido, pero queriéndose defender.*) No sé de dónde sacas...

ESTR. (*Con ira y amargura.*) Laura Salcedo... ¡Ah, víbora! (*Mordiendo el nombre.*) ¡Laura!... ¡Y yo, necia de mí!... ¿Pero, ¿he estado yo ciega?... Con lo fácil que era comprender... ¡Tanta bromita..., tanto flirteo!... ¡Y yo sin defenderme!... ¡Tenía tanta fe en tu cariño!... Por eso no viene por aquí hace qué sé yo el tiempo..., porque me huye...

GABR. (*Muy hombre superior.*) ¡Sigue haciendo cábalas sin fundamento!

ESTR. ¿Sin fundamento? ¿Dices sin fundamento? (*Con resolución súbita.*) ¡Vámonos de aquí!

GABR. ¿Eh?

ESTR. ¡Vámonos!

GABR. ¿Dónde?

ESTR. A cualquier parte... A París..., hoy mismo..., ahora mismo... Ni tren hay que esperar... En el coche.

GABR. Así... de golpe...

ESTR. ¿Por qué no?

GABR. ¡Porque es una locura!

ESTR. Puede ser un capricho... ¿no nos lo podemos permitir?

GABR. No.

ESTR. ¿No?

GABR. Ahora precisamente, no...; de sobra lo sabes...

ESTR. ¡Ah!... vamos..., ahora precisamente...; todo se junta..., todo se aclara... el ansia desmedida de ganar dinero... para ella, ¿verdad?..., mientras que para mí no hacía falta... Para ponerme loca de contenta, bastaba regalarme un ramito de violetas... A ella, el ramito de violetas hay que dárselo envuelto en billetes de Banco...

GABR. (*Con ira.*) ¡Estrella!

ESTR. ¿Te sorprende? ¿No sabes quién es? Una ambiciosa...

GABR. Te prohibo...

ESTR. ¿Tú a mí?... ¿La defiendes en contra mía?... Es lo último... (*Con saña.*) Sí... una ambiciosa que, naturalmente, se vende...

GABR. (*Con ira de hombre que oye la verdad.*) ¡Cállate!

ESTR. (*Con risa dolorosa.*) ¡Ja, ja, ja! No lo creas.

GABR. ¡Estás rebajándote de un modo indigno!

ESTR. (*Friamente.*) ¡Ah!... soy yo la que... ¡Válgame Dios! (*Con desolación renovada.*) ¿Pero por qué, por qué?... ¡Si no es posible! (*Con angustia.*) Y, sin embargo, es verdad, es verdad, es verdad... ¡No me mientas, que es el mayor agravio; no me mientas!

GABR. (*Cobardemente, fingiendo desolación y en voz baja.*) No, puesto que ya lo sabes.

ESTR. (*Con espanto, porque hasta que se lo oye decir a él, en realidad no lo ha creído del todo.*) ¡No!

GABR. (*Aprovechando la coyuntura, con aire superior.*) Sí... es mejor que lo sepas... a una mujer cualquiera se la engaña... ¡A ti no se te debe mentir!

ESTR. (*Con ira.*) ¡Cuánto tiempo llevabas mintiéndome!

GABR. (*En comedia.*) ¡Y sufriendo... no sabes tú cómo! Por la mentira...

ESTR. ¡¡Eh!!...

GABR. (*Con afectación de superioridad y cariño.*) Tienes razón, Estrella... Entre gentes como tú y yo... honradas..., que se quieren..., la verdad es lo único que salva... Sí... confieso...

ESTR. ¡Eh!...

GABR. Sí... es una locura..., un vértigo..., un abismo..., no lo niego... ¡pero no es una ofensa para ti!... Me he dejado rendir por algo más fuerte que mi fuerza de hombre...; pero te quiero, te respeto, Estrella, te he puesto siempre muy por encima de mi flaqueza... tan humana... pero tan dolorosa...

ESTR. (*Mirándole con aguda curiosidad airada, como si quisiera adivinarle los pensamientos.*) ¿Por qué me dices eso?

GABR. (*Balbuceando un poco.*) Porque quiero que...

ESTR. (*Interrumpiéndole con apasionamiento.*) ¿Que te perdone..., que te olvide? (*Con doloroso cariño.*) Perdonar... es fácil...; olvidar... (*Con esfuerzo.*) es difícil... y ahora mismo... no puedo... Pero sí... ¡olvidaré! (*Con cariño.*) si tú me ayudas... ¡Vámonos, Gabriel..., vámonos de aquí!... Ahora no te lo digo por chiquillería, por capricho de niña mimosa... Hablo en serio y con todo el corazón... Se trata de toda nuestra vida..., de nuestro amor, de lo único por lo que vale la pena de vivir... ¡Huyamos, Gabriel!... Yo te curaré..., pero huyamos. ¡No hay otro remedio! (*Le pone la mano sobre el hombro. El está sentado y ella en pie junto a él. El esconde la cara entre las manos y habla con voz ahogada.*)

GABR. No puedo..., no puedo... Pídeme lo que quieras, pero eso no... ¡no puedo!...

ESTR. (*Con terror.*) ¡No puedes! (*Le levanta la cabeza, apoyándole la frente en la mano.*) ¡Y casi estás llorando!

GABR. (*Cobardemente.*) ¡No!

ESTR. ¡Sí!... (*Temblando con el dolor que causa a las mujeres ver llorar a un hombre.*) No la puedes dejar... No tienes fuerza para apartarte de ella...

GABR. (*Aprovechando.*) No..., perdóname.

ESTR. (*Apartándose de él y mirándole con desvarío.*) Entonces... ¡me lo ha robado todo!... ¡No es una aventura..., no es un capricho!

GABR. (*Hipócritamente y haciéndose casi el ofendido.*) ¿Es posible que creas que por un capricho iba a ser yo capaz de causarte esta pena? ¡Mal me juzgas!

ESTR. (*Con la boca seca.*) ¿De modo que es (*Con un poco de burla dolorosa.*) la pasión, lo fatal, lo inevitable?...

GABR. (*Superior.*) Estrella..., esas palabras no tienen sentido hasta que...

ESTR. (*Interrumpiéndole con violencia.*) Hasta que se siente lo que significan, ¿verdad? Y tú no lo has sentido hasta ahora... ¿verdad? Mi inexperiencia..., mi juventud, mi cariño limpio no ha tenido la suerte de saber despertar (*Con burla.*) en ese pecho las emociones apasionadas...; ha hecho falta otra... con más experiencia... y más desaprensión...

GABR. A tus ojos soy un miserable, un hombre arrastrado por sus malos instintos... Eres severa..., no me quejo...; desde tu punto de vista es justo... y sin embargo, no es verdad... He sufrido..., he luchado contra el vértigo que me envolvía... encarnizadamente, lealmente... porque te quiero.

ESTR. (*Con horror.*) ¡Calla!

GABR. Y tú lo sabes... (*Con afectación de fatalidad.*) Pero hay algo más fuerte que la voluntad..., que la lealtad..., que el cariño mismo... No sabes..., no puedes comprender...

ESTR. (*Que le ha estado mirando mientras habla, fría y curiosamente.*) Sí, sí... (*Muy nerviosa.*) No te esfuerces ya más, que lo comprendo... Lo único que me falta comprender... es qué papel debo representar yo en todo esto... Porque tú, claro, estás arrastrado por la pasión..., tú no me mientes..., tú no me engañas..., me das sencillamente la cuenta, como a una cocinera que ya no guisa a gusto...

GABR. (*Con gran arranque de generosidad.*) ¡No digas eso!

ESTR. ¿Entonces? ¿Pretendes que sigamos representando a la última moda la divertidísima comedia del amor a tres? Puede que tu pasión... arrolladora te permitiese (*Con burla.*) hasta hacerme limosna de lo que es mi derecho... Pero mi dignidad no me permite ciertas combinaciones. Por lo cual (*Muy seria.*) no te digo: ¡elige entre las dos!... ¡Ya has elegido, y buen provecho te haga! Te digo: ¡entre tú y yo ha terminado todo! (*Sonriendo.*) Ya sé que no te causo pesar ninguno, porque es precisamente lo que has ido buscando con tus... sinceridades...

GABR. (*Como dolido.*) ¡Qué injusta eres!

ESTR. (*Sin interrumpirse.*) Pero no te puedo decir otra cosa... ¡Esto se acabó!

GABR. ¡Estrella!

ESTR. Para ti empieza una nueva vida. Para mí... como, por desgracia, soy española, no puedo ni pedir el divorcio. La separación, sí...; pero esa ya me encargo yo de ha-

cerla, sin jueces ni abogados... Es triste...; mucho. ¿pero qué le voy a hacer?... En este mundo nuestro, sól los hombres y las malas mujeres tienen derecho a la fe licidad... No me resigno..., me someto, porque no ha más remedio... ¡pero no me resigno! Eso a ti qué t importa, ¿verdad?

GABR. No digas eso, no digas eso...

ESTR. (*Con desprecio.*) No te molestes en fingir ahora... ¿N dices que conmigo no hace falta? Anda... (*Nerviosa.* vete, que te están esperando. (*Con ira.*) ¡Vete! (*Co burla.*) ¡Libre, como el aire! (*Con violencia.*) Pon l cara alegre que te corresponde... Vas a hacer tu gusto y (*Con burla amarga.*) como no me engañas, ni pre cauciones necesitas... Remordimientos... ¡la pasión lo borra! (*Con desprccio.*) Que seas todo lo feliz que mere ces. ¡Anda! ¡Hemos terminado!

GABR. (*En un último esfuerzo, por suavizar la situación, quier acercarse a ella.*) Escucha...

ESTR. (*Con arrogancia.*) ¡Hemos terminado! (*Da media vuelt y se acerca a la chimenea resueltamente. El sale, con l cabeza baja, pero de prisa. Ella se queda en pie, inmó vil, como anonadada. Después de un momento de silen cio angustioso, habla a media voz y con largas pausas.*) Se acabó..., se acabó... (*Con angustia.*) ¿Es posible?.. (*Con dolor.*) ¡Tengo veinticuatro años! (*Con rebeldía.* ¡No quiero, no quiero!... (*Con desaliento.*) ¿De qué sir ve querer o no querer?... ¡No hay nada!... ¡Resignar se!... (*Con súbita fiereza.*) ¡O defenderse!... (*Riendo, con dolorosa desesperación.*) ¡Ja, ja, ja!... ¡Defender se!... (*Mira fijamente al suelo. Se queda inmóvil, rígida como una estatua. Entra, como un huracán, Fernanda, que, sin reparar en nada, se precipita hacia el balcón; mira a la calle, levantando un poco el visillo, sonríe, y se aparta del balcón, apretándose el pecho con las manos para contener la felicidad. Entonces vé a su hermana, y precipitándose hacia ella, la abraza apasionadamente, sin poder decir más que:*)

FERN. ¡Estrella! ¡Estrella!...

ESTR. (*Con voz lejana.*) ¿Qué?

FERN. (*Con apasionamiento.*) ¡Sí, sí! (*De pronto, empieza a hablar atropelladamente.*) Cuando llegué, me estaba esperando... Esta noche vendrá a hablar contigo...

ESTR. ¿Ya?

FERN. ¡Sí!... Porue no sabe si ahora le destinarán aquí, al Ministerio, o si le enviarán a cualquier Embajada, lejos...; a los jóvenes siempre les mandan al fin del mundo... y cualquiera se arriesga a separarse, ¿verdad? ¡Ay, Estrella, Estrella, qué feliz soy! (*Con deslumbramiento.*) De repente, cambia todo en el mundo... ¿verdad?... Y pensar: ¡Para siempre! ¡Para siempre!... ¡Y con él!... Me lo dijo el corazón, al verle el primer día: ¡Es él!... El corazón no engaña... Tú me lo decías cuando te enamoraste de Gabriel... ¿Te acuerdas?... ¡El corazón no en-

gaña!... ¡Es él, es él!... ¡No puede ser más que él...

ESTR. (*Sordamente.*) No puede ser más que él..., es verdad..., no puede ser más que él... (*De repente, al oirse a sí misma, se echa a llorar con desconsuelo.*)

FERN. (*Alarmada.*) ¿Por qué lloras? ¿Qué tienes?

ESTR. Nada... nada... (*Acariciando a Fernanda, mientras se esfuerza por serenarse.*) Tienes razón, chiquilla... ¡Sé feliz..., sé feliz..., es tu hora! (*La abraza estrechamente.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero, pero con algunos cambios en el adorno y la disposición de los muebles, que le dan un carácter más artístico, más moderno y, sobre todo, más atrevido. Sobre la chimenea, donde en el primer acto dormía la castísima Adriana, del Vaticano, ahora hay un desnudo, también clásico: El Amor y Psiquis, o una de las Venus más desnudas de la escultura griega. Por las paredes, en vez de los inocentes *Watteau,* los desenfadados *Fragonnard.* Junto a la chimenea, en lugar del sofá un tanto rígido, el más oriental de los divanes. Sobre él, con un poco de desconcierto, como si le viniese ancho, por falta de costumbre, y perdido entre sus innumerables almohadones multicolores, que están siempre a punto de desplomarse en cascada sobre él o de caerse al suelo, está sentado GABRIEL. Al lado del diván, en la mesita, que es uno de los pocos «detalles» que quedan invariables en la habitación, hay un primoroso servicio de café. Una doncella (CARLOTA), muy joven y de la más refinada elegancia y la más imponente seriedad, atiende a servirle.

CARL. ¿Desea el señor que le sirva otra taza de café?

GABR. (*Mirándola casi con susto, tan imponente le parece.*) No..., gracias.

CARL. ¿Acaso no está a gusto del señor?

GABR. (*Como disculpándose.*) Sí..., sí..., está exquisito..., sírvala usted. (*Carlota sirve con infinita condescendencia.*)

CARL. (*Con glacial corrección.*) ¿Fuma el señor? (*Coge de la chimenea una primorosa caja de tabaco.*) ¿Ingleses, egipcios, habanos? (*Gabriel coge nerviosamente un cigarrillo.*) ¿Licores? ¿Coñac, benedictino, kummel, chartreux?

GABR. (*Mirándola cada vez con mayor asombro.*) Coñac.

CARL. (*Sirve el coñac de un primoroso porta licores.*) ¿Desea algo más el señor?

GABR. No, gracias. (*Carlota va hacia un quema-perfumes, también detalle nuevo, que hay sobre una mesita turca, y arroja en él un puñado de polvo perfumado que levanta un humo denso.*) ¿Qué quema usted ahí?

CARL. (*Cada vez más seria y amable.*) Una mezcla: estoraque, benjuí, canela, incienso, ámbar... Brisa del harem...

GABR. ¡Ah!... ¿Brisa del harem?

CARL. ¿Le molesta al señor?

GABR. Molestarme, no...; pero... ¿puede saberse por qué lo quema usted precisamente ahora?

CARL. A la señora le gusta encontrar el saloncito perfumado cuando vuelve.

GABR. ¡Ah!... ¿Y sabe usted si volverá pronto?

CARL. Cuando almuerza fuera de casa nunca suele volver después de las cuatro.

GABR. ¡Ah!... no suele... ¡Gracias!

CARL. ¿Manda alguna otra cosa el señor?

GABR. No..., puede usted retirarse. (*Carlota se inclina en imperceptible reverencia y sale a tiempo que entra el Criado, que desde hace un momento está en la puerta mirándola fijamente, y que se aparta para dejarla pasar.*)

GABR. (*Con un poco de guasa al ver desaparecer a la doncella.*) ¡Qué solemnidad!

CRIA. (*Entre divertido y espantado.*) ¡Señor, esto no es una doncella, es un juez del Supremo! (*Con entusiasmo.*) ¡Pues si el señor viese a la cocinera!... ¡Y a la segunda doncella!... Pero son todavía más tiesas que ésta. ¿Querra creer el señor que comen ellas tres en una mesa, y a mí me han puesto en otra aparte y ni me han dirigido la palabra?... Eso sí, me han dado de comer de primerísima... Siempre se ha comido bien en esta casa, pero lo que es ahora... ¿Ha reparado el señor en el *chofruá* de codornices y en la crema a la reina?

GABR. (*Con leve mal humor.*) ¿También en la cocina han servido *chaufroid* de codornices?

CRIA. El que ha sobrado de la mesa, señor... ¡Como el señor apenas lo ha probado!... La cocinera estaba un poco quemada, no crea el señor; como que, a pesar de lo correcta que es, ha dicho: Qué desganado vuelve el señor de Suiza; ¡luego dicen que los viajes por las montañas abren el apetito!

GABR. (*Enojado.*) ¡Ah!, vamos..., la cocinera ha dicho... ¿Y tú, qué has respondido a esa... impertinencia?

CRIA. Nada, señor... ¡No le he dicho al señor que de mesa a mesa no nos hablamos! La segunda doncella es la que ha respondido: ¡No le gustará al pobre comer solo!

GABR. ¿Ah, sí? ¡Por lo visto en la cocina se me compadece! (*Da un puñetazo furioso a un almohadón, que se le viene encima.*) ¡Me ponen nervioso estos almohadones! O estoy yo trascordado o antes no había aquí estos embelecos...

CRIA. No, señor... Antes había un sofá formal. Está la casa muy variada, con perdón sea dicho..., en mejor, pero muy variada... ¿Ha reparado el señor en la figura de la chimenea..., en los cuadritos de las paredes...? ¡Pero que le ponen a uno así como atontado!... Y con el personal... en lugar de las viejas que había antes... (*Viendo que Gabriel se agita con mal humor.*) ¿Qué le pasa al señor?

GABR. ¡No sé; está uno incómodo en este diván... tan cómodo!

CRIA. En eso, tiene razón el señor... Todo está en la casa (*Mira en derredor.*) mucho mejor que antes... ni que decir tiene...; pero... parece..., no se ofenda el señor..., parece que está uno como de visita.

GABR. (*Sacando el reloj, con impaciencia, y mirando a la puerta.*) ¡Las cuatro ya!...

CRIA. ¿Va a salir el señor? ¿Le preparo la ropa?

GABR. Sí..., no...; es decir... (*Con mal humor.*) Claro que debiera salir... (*Mira a la puerta.*) pero... no... escribiré una carta y la llevas...

CRIA. (*Rascándose la cabeza, con perplejidad.*) Señor...

GABR. ¿Qué hay?

CRIA. (*Sonriendo con malicia.*) Nada, señor..., que si es para donde me figuro...

GABR. (*Molesto.*) ¿Qué?

CRIA. (*Rascándose la cabeza.*) Que puede que valiera más no llevarla... No sabe el señor la cara que *pusieron* cuando fuí esta mañana a decir que el señor no iba allí a almorzar.

GABR. (*Con mal humor violento.*) ¿Y quién te mete a ti en reparar en la cara que ponen o dejan de poner?

CRIA. ¡Perdone el señor! ¡Es que la pusieron con un acento!

GABR. Está bien, está bien...; ya te llamaré.

CRIA. (*Yendo hacia la puerta.*) Si quiere el señor hablar por teléfono. (*Con oficiosidad y precaución.*) Puede que fuera lo más prudente... (*Yendo hacia el secreter y mostrando un teléfono portátil que habrá sobre él.*) Aquí hay un aparato.

GABR. (*Como recordando.*) Antes no estaba en esta habitación...

CRIA. No, señor, estaba en el pasillo; pero la señora le ha mandado cambiar...; dice la cocinera que porque no le gusta que los criados se enteren de lo que no les importa.

GABR. (*Con mal humor.*) ¿Ah, no le gusta? (*Mira al criado fijamente.*) Pues mira, puede que tenga razón.

CRIA. (*Sonriendo, entre oficioso y picado.*) ¡Qué cosas tiene el señor! (*Entra Carlota con un ramo de magníficas rosas, en su papel, y se dirige con ellas hacia el secreter; pero, al ver a Gabriel, da un pequeño grito, como si se asustara, y retrocede.*)

CARL. ¡Ah!... perdone el señor..., creí que ya no estaba aquí el señor... (*Va a salir.*)

GABR. (*Con curiosidad sencilla.*) ¿Dónde va usted con esas flores?

CARL. (*Fingiendo confusión.*) Iba a dejarlas en el secreter... Acaban de traerlas para la señora...

GABR. ¿Con una carta? (*Instintivamente alarga la mano para coger la carta que trae la doncella con las flores.*)

CARL. (*Con la mayor dignidad.*) ¡Es para la señora!

GABR. (*Retrocediendo, corrido.*) ¡Ah... usted dispense!... (*Pasea de un lado a otro con evidente mal humor. Carlota coloca con calma las rosas sobre el secreter, pone sobre ellas la cartita con gran cuidado, mira en derredor con imponente dignidad, y sale. El criado la mira con burla admirativa.*)

GABR. (*Con mal humor, al criado.*) ¡Vete tú también!

CRIA. (*Oficioso.*) ¿No quiere el señor...?

GABR. No quiero nada. ¡Déjame en paz!

CRIA. (*Rascándose la cabeza, según su deplorable costumbre.*) ¡Uy, uy, uy, qué mal nos sienta Madrid!

GABR. (*Con furia.*) ¿Qué haces ahí?

CRIA. Nada, señor. Me iba, y meditaba...

GABR. Pues me harás el favor de no meditar... Y sobre todo, cuando medites en mi presencia, me harás el favor de no rascarte la cabeza.

CRIA. (*Ofendido.*) ¡Señor...!

GABR. ¡Largo! (*El criado sale. Gabriel sigue paseando con agitación, saca el reloj, le mira, no dice nada, pero se impacienta, se detiene un instante junto a la chimenea, mira los cuadros.*) Le lever de la mariée... Le coucher de la mariée... (*Se acerca al secreter, va a coger la cartita, pero se detiene, y poniéndose las manos a la espalda, se inclina y la mira.*) Membrete del Casino... ¡Yo conozco esta letra!... (*Vuelve a mirar al reloj.*) ¡Y he dicho que iría en acabando de almorzar!... ¡Telefonearé! (*Coge el teléfono y llama.*) ¡Central! ¡Central! (*Con impaciencia, porque no responden.*) ¡¡Central! (*Estrella, que ha aparecido en la puerta, viste traje de calle elegantísimo y con un refinamiento mucho más parisién que en el primer acto. Habla con amabilidad exquisita.*)

ESTR. ¿Quieres telefonear? (*Se acerca.*) Espera..., es un sistema nuevo... holandés... Ahora está interrumpida la corriente... Se engancha así, con esta clavijita. (*Saca una clavijita del bolso y establece la comunicación en el teléfono.*)

GABR. (*Mirándola con asombro.*) ¿Y te la llevas a la calle?

ESTR. Siempre que salgo. No me gusta que en ausencia mía estén cotorreando las criadas. El teléfono es para mí. (*Amabilísima.*) Mañana te pondrán uno en tu cuarto... Hoy no se me ha ocurrido..., dispensa..., como llegaste anoche tan de improviso... Telefonea.

GABR. No, ya no es menester... ¡Qué elegante estás!

ESTR. ¡Bah! Un trajecito de mañana... ¿Te gusta? Mil quinientas... de Lanvin, pero ahora con el cambio...

GABR. ¿Cuándo has venido? Te estaba esperando y no te he sentido llamar...

ESTR. (*Indiferente.*) Tengo llavín. Por cierto que también a ti te hará falta uno...; luego te le daré, pero no le pierdas que no hay más que dos, y es cerradura especial.

GABR. (*Con un poco de guasa.*) ¿Holandesa también?

ESTR. Checo-eslovaca...; son más seguras... ¡Ay, qué cansada estoy! (*Se desploma en la butaca.*) ¿Quieres llamar al timbre?... Dos veces... Gracias... ¿Hace mucho que has vuelto?

GABR. No he salido de casa en todo el día...

ESTR. ¿No? ¿Has almorzado aquí?

GABR. (*Con un poco de mal humor.*) ¡Solito, como un hongo!... Siquiera, al marcharte, podías haberte despedido.

ESTR. (*Con amabilidad exquisita.*) Me dijo tu criado que estabas durmiendo y no quise que te despertaran.

GABR. O haber advertido que no volvías.

ESTR. No me podía figurar que almorzases en casa. (*Como si no reparase en el mal humor de él.*) Verdad que aunque lo hubiese sabido, hoy tenía yo otro compromiso.

GABR. (*Con burla malhumorada.*) ¿Ineludible?

ESTR. (*Sonriendo, como a un grato recuerdo.*) Ineludible... no... pero... (*Gabriel, asombrado por su sonrisa y por el tono en que habla, empieza a mirar a su mujer con inquieta curiosidad.*)

CARL. (*Apareciendo en la puerta.*) ¿Llamaba la señora?

ESTR. (*Lánguidamente.*) Sí..., quítame el sombrero... (*Carlota le quita el sombrero sin que ella se levante.*) Trae el bolso¡... ¡Ay!, estoy medio muerta de cansancio... (*Bosteza deliciosamente.*)

CARL. ¿No quiere tomar algo la señora?

ESTR. Mira, sí. Me vas a preparar un té bien cargadito, con tostadas finas, finas y muy calientes..., anda... (*La doncella da un paso hacia la puerta.*) ¡Ah! (*La doncella se detiene.*) Y tráeme las babuchas malva. (*La doncella da otro paso.*) Espera... Acércame esta mesa... (*La doncella deja el sombrero sobre una silla, y acerca una mesita de escribir plegable que hay en un rincón.*) ¿Ha venido el correo?

CARL. Sí, señora; aquí está. (*Le da una bandeja de mimbre y piel que hay sobre el secreter, en la cual hay unas cuantas cartas debajo de un periódico inglés.*) Las cartas y el periódico inglés... y estas dos facturas (*Mirando a Gabriel con precaución.*) y... las rosas...

ESTR. (*Como si no las hubiese visto desde que ha entrado.*) ¡Ah, las rosas! (*Con voz emocionada.*) Trae acá. (*La doncella le alarga el ramo, y ella le huele, hundiendo la cara entre las flores con voluptuosidad.*) ¡Qué delicia! (*Con gran interés.*) ¿Cuándo las han traído?

CARL. Hace una media hora, señorita. (*Estrella, sin responder, mira su reloj de pulsera y sonríe.*) La carta.(*Alarga a Estrella la carta que vino con las rosas.*)

ESTR. ¡Ah, sí!... (*Coge la carta y sin leerla la guarda en el bolso.*)

CARL. ¿Quiere la señora que las coloque?

ESTR. (*Sin moverse y con languidez, siempre con el ramo en la mano.*) No..., ya las colocaré yo luego. (*Sin dejar de oler las flores, corta una, se la pone en el pecho, y se*

recuesta soñadora en el respaldo de la butaca.) Ese té.

GABR. (*Furioso.*) ¡Da gusto ver el caso que le hacen a uno! (*Toda esta escena la han hecho ama y criada, como si Gabriel no existiera. Este, al ver que no le hacen caso, se ha ido impacientando poco a poco, hasta llegar a un mal humor exasperado. Cuando la doncella se marcha, él espera, evidentemente, que Estrella le hable; pero ella, al parecer, perdida en su ensueño feliz, no le hace el menor caso.*)

GABR. (*Decidiéndose a romper el fuego.*) ¿No lees esa carta?

ESTR. (*Como si despertase bruscamente.*) ¿Eh?... ¿Decías?...

GABR. (*Acercándose a ella con cierta veleidad autoritaria.*) ¿Que si no lees esa carta?

ESTR. (*Con perfecto candor.*) ¿Cuál?

GABR. La que te han traído con las flores.

ESTR. (*Sonriendo.*) ¡Ah!... no... No necesito leerla.

GABR. (*Acentuando el mal humor.*) ¿Por lo visto sabes lo que dice?

ESTR. (*Sonriendo.*) Me lo figuro...

GABR. (*Con mala idea.*) ¿Puede que prefieras leerla estando sola?

ESTR. (*En tono de ofensa y casi de desafío.*) ¿Qué dices?

GABR. (*Asustado.*) ¡No, nada..., perdona!

ESTR. No hay de qué. (*Viendo que él, nervioso, ha cogido un cigarrillo y le enciende.*) ¿Te gustan los ingleses? Los egipcios son más aromáticos... Dame uno, haz el favor.

GABR. (*Con asombro un poco escandalizado.*) ¿Pero tú fumas?

ESTR. Como una chimenea. ¿Por qué no?

GABR. Antes no fumabas.

ESTR. ¡Uy!, antes, antes... (*Suspira.*) Eran otros tiempos. (*Cogiendo el cigarrillo que él la ofrece.*) Gracias. (*Después de esperar un momento.*) ¿Lumbre? (*El le ofrece un fósforo encendido y ella enciende el cigarrillo con toda calma.*) Gracias. (*Fuma.*) ¡Ah!... Vamos a ver este correo... ¿Permites? (*Saca las cartas de la cestilla y empieza a abrirlas pausadamente con una plegadera, colocándolas, a medida que las abre, en un montoncito sobre la mesa.*) ¿Te han dado bien de almorzar? (*Lo pregunta con la más cortés indiferencia.*)

GABR. (*Rabioso.*) ¡Perfectamente!

ESTR. (*Decidida a no reparar en su mal humor, y teniendo en la mano la primera carta, que recorre con la vista mientras habla.*) Menos mal...; porque como al salir esta mañana no dije que almorzabas... (*Sin dejar de leer mientras habla.*) Gracias a que la cocinera siempre tiene recursos para quedar bien... Es una joya. (*Deja la carta sobre la mesita y coge otra.*) ¿Y el café, estaba bueno?

GABR. (*Rabiando.*) ¡Buenísimo!

ESTR. (*Que sigue leyendo.*) Sí... Carlota es una especialidad... He tenido suerte... (*Deja la carta y coge una factura cu-*

yas cifras empieza a recorrer con un lápiz para comprobarla.)

GABR. (*Empeñado en hablar, aunque ve que la conversación molesta.*) ¿Por qué has despedido a las otras que llevaban contigo tantos años?

ESTR. Cinco... catorce... veinte..., llevo dos... (*Con amabilidad exquisita, pero sin mirarle.*) No las he despedido; se las he pasado a mi hermana, que, como es ama de casa nueva, necesita criadas antiguas... Llevo dos... nueve... quince...

GABR. (*Decidido a hablar a toda costa.*) Pero ¿ha vuelto ya Fernanda a Madrid?

ESTR. Dieciocho... ¿Decías?... ¡Uy, hace más de un mes! (*Apunta una cifra en un papelito.*)

GABR. (*Pelma.*) ¿Tan pronto? Poco les ha durado el viaje de novios.

ESTR. Dieciocho... llevo una... ¿Eh?

GABR. (*Casi gritando.*) Digo que corto ha sido...

ESTR. ¿El viaje de novios? Es verdad... corto... (*Sonríe como un ángel.*) Pero aprovechado. (*Suspira como con envidia.*) ¡En todo tiene suerte esa chiquilla!

GABR. ¡Ah, vamos! ¿Hay novedades?

ESTR. (*Sentimental.*) Sí... Por eso han vuelto un poco antes de lo que pensaban. Ella estaba cansada de hoteles...

GABR. Y ha preferido que la mimen en casa.

ESTR. (*Sonriendo.*) Probablemente.

GABR. (*Engañado por la sonrisa de ella, se atreve hasta a hacer un chiste.*) ¡Es más cómodo!

ESTR. (*Glacial, mirándole con desafío.*) Cuando tú lo dices... (*Gabriel, comprendiendo que se ha «colado», se calla de golpe y se sienta en un sillón, junto a la chimenea.*)

ESTR. (*Con rabia.*) ¡Esta factura está equivocada! (*Se absorbe con furor en la suma.*) Doce... nueve... cuarenta... ¡claro! (*Sigue haciendo números con encarnizamiento. Gabriel tose levemente. Ella vuelve la cabeza y le mira.*) ¡Ah!... ¿Estás ahí todavía?

GABR. Parece.

ESTR. (*Angelical.*) Creí que te habías marchado.

GABR. No.

ESTR. (*Como un caramelo.*) ¿No sales?

GABR. ¿Para qué?

ESTR. ¡Ah!... ¿Te piensas pasar aquí toda la tarde?

GABR. Es posible.

ESTR. ¡Ah! (*Se levanta.*)

GABR. ¿Estorbo?

ESTR. ¡Qué tontería! ¿Por qué? Estás en tu casa. (*Entra Carlota con el té.*) No, llévale a mi cuarto... y prepárame el sombrerito negro y una piel.

CARL. (*Sorprendida.*) ¿Sale la señora?

ESTR. Sí.

CARL. Es que...

ESTR. (*Muy seria.*) ¿Qué?

CARL. (*Vacilando.*) Que el *chauffeur* se ha marchado... Como la señora le había dicho que se quedaba en casa...

ESTR. No importa. Tomaré un taxi. (*Sale seguida por la doncella con el té, sin mirar a Gabriel.*)

GABR. (*Se queda como quien ve visiones. Se levanta, sigue a su mujer con la vista hasta que cae sobre ella la cortina, y se queda inmóvil en el centro de la habitación.*) ¿Pero qué es esto? ¿Estoy loco, tonto o ciego... o qué pasa aquí? (*Medita. Viendo al criado que entra misteriosamente.*) ¿Dónde vas tú?

CRIA. A traer una carta, señor.

GABR. (*Con mal humor.*) ¿Para la señora, no?

CRIA. Para el señor. De... ya me comprende el señor...

GABR. (*Cogiendo la carta y abriéndola rápidamente.*) ¡Ah, ya!... (*Con mal humor.*) ¡Naturalmente..., no podía menos! ¿Quién la ha traído?

CRIA. (*Oficioso.*) La Engracia, señor.

GABR. (*Con desagrado.*) ¡Estoy harto de decir que no quiero que venga por aquí!

CRIA. Perdone el señor... No viene por su gusto... Ella... hace lo que la mandan... Dice que le diga al señor de su parte que vaya el señor lo antes que pueda... porque hay mar de fondo...

GABR. ¡Pues le dices a ella de la mía que lo que haya o no haya le importa a ella un comino, y a ti un rábano!

CRIA. No se ponga así el señor. Ya sabe el señor que todo es interés que se toma uno por el señor.

GABR. Sí, sí... ¡Todos sois gentes muy interesadas!

CRIA. Señor... Me ofende el señor... Ya sabe el señor que yo, y lo mismo la Engracia, con el señor, al mismo infierno... Y buenas pruebas le hemos dado al señor, aunque nos esté mal el decirlo.

GABR. Está bien, está bien...

CRIA. ¿Qué le digo a la Engracia, señor?

GABR. (*Perdiendo la paciencia.*) ¡Que se marche y no vuelva!

CRIA. Es que dice que le han dicho que no se vuelva sin la contestación.

GABR. ¡Le han dicho!... ¡Dile que sí! Que iré... ¡Naturalmente que iré!... ¡No sé a qué hacía falta esta embajada!

CRIA. ¿A qué hora, señor?

GABR. ¿A ti qué te importa?

CRIA. Nada absolutamente, señor... Es que dice la Engracia que le han dicho...

GABR. ¿Quieres quitarte de mi vista?

CRIA. Señor...

ESTR. (*Entrando ya con el sombrero puesto.*) ¿Por qué gritas, Gabriel? ¿Te ha sucedido algo?

GABR. Nada... Este idiota...

CRIA. (*Rascándose la cabeza.*) Uno había de ser...

ESTR. (*A Carlota, que ha entrado detrás de ella.*) Recoge todo esto. (*Carlota recoge las cartas, los papeles, la mesita plegable, en silencio; entre tanto, Estrella se sienta al*

secreter y escribe rápidamente unas palabras en un papelito, que mete en un sobre, el cual cierra sin poner dirección.)

CRIA. (*En voz queda a Gabriel.*) ¿La hora, señor?

GABR. (*Mirando el reloj, a su mujer, a las paredes y vacilando un poco.*) A las siete.

CRIA. Está bien, señor. (*Sale.*)

ESTR. (*Se ha levantado y da la carta que ha escrito a Carlota.*) Toma... ya sabes.

CARL. Sí, señora... En cuanto venga..., descuide la señora. (*Guarda la carta con cierta afectación de misterio en el peto del delantal. Gabriel mira disimuladamente todo el manejo.*)

ESTR. Vaya usted a buscarme un coche... que sea decentito.

CARL. Sí, señora. (*Sale.*)

GABR. ¿Pero de veras te marchas?

ESTR. ¡Qué pregunta! ¡Claro!

GABR. ¿Dónde vas?

ESTR. Por ahí...

GABR. ¿No pensabas pasar la tarde en casa?

ESTR. He cambiado de modo de pensar.

GABR. ¡Estabas tan cansada!

ESTR. He descansado.

GABR. No me gusta que vayas en coche de alquiler... coge el mío, que estará a la puerta.

ESTR. Gracias, prefiero no...

GABR. ¿Vas muy lejos?

ESTR. Regular.

GABR. ¡Te acompaño!

ESTR. ¿Tú? ¿A mí?

GABR. Sí... Salimos juntos y te dejo donde vayas.

ESTR. ¡No!

GABR. ¿Por qué?

ESTR. Porque no... ¡De ninguna manera!

GABR. (*Con cierta violencia.*) ¡Entonces, quédate!

ESTR. (*Con altivez.*) ¿Qué has dicho?

GABR. ¡Que te quedes en casa!

ESTR. (*Mirándole de alto abajo con sonrisa de compasión.*) ¡Pero tú estás loco!

GABR. (*Perdiendo un poco los estribos.*) ¿Tan urgente es lo que tienes que hacer?

ESTR. ¿Por qué ha de ser urgente?

GABR. (*Dándoselas de severo.*) Cuando una mujer se empeña en salir de su casa, atropellando por todo, aunque su marido le ruega que se quede... (*Viendo que ella hace además de buscar algo.*) ¿Qué buscas?

ESTR. Mi marido... ¿Dónde está mi marido? Yo no tengo marido... ¡De sobra lo sabes!

GABR. (*Alterado.*) ¡Estrella!

ESTR. (*Con desdén compasivo.*) No seas ridículo, Gabriel... ¿A santo de qué me voy a quedar en casa esta tarde?

GABR. No tendría nada de particular, me parece, siendo el primer día que estoy yo en ella.

ESTR. (*Con vehemencia dolorida.*) Después de una ausencia de tres meses, ¿verdad? ¿Qué quieres? ¿Que me siente en una butaquita, frente a ti, que mande encender la chimenea, porque a fin de septiembre son los anocheceres un poquito más frescos que lo eran en junio, cuando te marchaste, y que te pida, sonriendo, que me cuentes tus impresiones de viaje?... ¿Me las vas a contar?... ¿Entonces?... Ya sabemos que has ido...de negocios... y que las mujeres no entendemos nada de eso... Cuando te fuiste, dejándome completamente sola, al día siguiente de casarse mi hermana, me guardé muy bien de preguntarte a dónde ibas ni con quién... ¡pero al cerrar la puerta, perdiste para siempre el derecho a preguntarme a mí!... ¡Mi vida es mía!... Agradece el silencio discreto con que dejo a la tuya correr libre y feliz por los caminos que más te convienen y en la compañía que mas te agrada. Aprovecha mi buena disposición y déjame a mí en paz. ¡Es lo único que pido, y me parece que bien me lo he ganado!

CARL. (*Que aparece en la puerta antes que Gabriel haya podido responder.*) ¡El coche, señorita!

ESTR. ¡Voy! (*La doncella se retira.*) Adiós... (*En tono tranquilo.*) Y perdona el apasionamiento... Estoy hoy un poquito nerviosa...

GABR. (*Un poco aturdido.*) Perdóname tú a mí si te he molestado... (*Con galantería hipócrita.*) No creí que tuviera nada de particular el desear que pasases una tarde conmigo... ¿Tanto te molesta mi sola presencia?

ESTR. (*Sonriendo con gravedad.*) Molestarme precisamente, no..., pero ponerme loca de alegría, comprende que tampoco... Sí, sinceramente, pensaba pasar la tarde en casa, y me marcho... porque te quedas tú... Es un poco triste... para mí..., pero, ¡qué le vamos a hacer! Por la fuerza de... las circunstancias he tenido que dejar de quererte como a cosa mía, y aún no he tenido tiempo ni ocasión de tomarte cariño... como a un indiferente... Todo se andará...

GABR. (*Ofendido.*) ¿Si quieres que me marche?... ¡Por mí no salgas!

ESTR. (*Riendo, con suave condescendencia.*) ¡Ja, ja, ja! Te has ofendido porque te he dicho la verdad... ¿No has sido siempre tan partidario de ella? No seas criatura... Vaya, hasta luego.

GABR. ¿Volverás pronto?

ESTR. (*Con la más amable indiferencia.*) No sé... Depende... Voy a casa de mi hermana... Siempre suele haber gente por las tardes. Nos reunimos casi todos los días para distraerla..., como ahora no sale casi nunca... Se juega un poco, se murmura un poco... Si me aburro, no tardaré en volver... Si me divierto... no volveré hasta la

hora de cenar. (*Hace un gesto vago.*) ¡Adiós! (*Le alarga la mano.*) ¿Tú cenas en casa?

GABR. (*Aturdido.*) Sí..., es decir... ¡Pero sí, cenaré!

ESTR. (*Soltándole la mano, amabilísima.*) ¡No, no, no!... ¡Libertad absoluta! No te lo he preguntado por curiosidad, sino por el menú... (*Sonríe con guasa.*) ¡Vaya, divertirse!

GABR. (*Con mal humor.*) ¡Igualmente!

ESTR. (*Ya en la puerta.*) Se hará lo posible. (*Mira el reloj, abre el bolso, saca el espejito, se pasa la borla por la cara.*) ¡Uy, qué tarde es ya! (*Vuelve a guardar el espejito, la borla, el pañuelo. Al hacer todas estas manipulaciones deja caer la carta que ha venido con las rosas, y, al parecer, distraída, no la recoge. Luego sale precipitadamente.*)

GABR. (*Furioso.*) ¡Recuerdos a tu hermana!

ESTR. (*Ya fuera.*) ¡Muchísimas gracias!

GABR. (*Solo, plantado en medio de la habitación, con mal humor rabioso.*) Y se fué... ¿Qué hago yo?... Lo que se me antoje, evidentemente. (*Repitiendo las palabras de Estrella con la misma entonación de ella.*) ¡Libertad absoluta!... (*Empieza a pasear como es su costumbre cuando se enfada. Casi con rabia.*) ¡Después de todo, es el ideal! (*Rabioso del todo.*) ¡Naturalmente que es el ideal! (*Gritando desaforado.*) ¡Mariano! ¡Mariano! ¡Mariano!

MARI. (*Entrando precipitadamente.*) Señor...

GABR. ¡La ropa!

MARI. ¿Sale el señor?

GABR. ¡Claro que salgo! De prisita... ¿eh?

MARI. Volando, señor. (*Da media vuelta rápida para salir, y recoge la carta que ha dejado caer Estrella y que está medio oculta al pie de la cortina de la puerta.*)

GABR. ¿Qué es eso?

MARI. Una carta que estaba aquí, en el suelo, señor... (*Se la da y sale.*)

GABR. ¡La cartita del Casino!... (*Se ríe con burla de hombre superior. Ha sacado ya la carta del sobre cuando aparecen en la puerta Carlota y Fernanda.*)

CARL. Pase la señora... La señora ha salido, pero... (*Gabriel, al oírlas, guarda la carta rápidamente en el mismo bolsillo de la americana en que ha guardado la de su amante.*)

FERN. (*Con asombro.*) ¿Que ha salido?... (*Ve a Gabriel y se asombra.*) ¡Gabriel! (*La doncella se retira.*)

GABR. (*También con asombro.*) ¡Fernanda!

FERN. (*Que viene elegantísima con sus galas de señora casada y que no demuestra el menor cansancio por su estado interesante.*) ¿Tú aquí? ¿Desde cuándo?

GABR. Desde anoche. ¿No lo sabías?

FERN. No..., hace un siglo que no veo a mi hermana...

GABR. (*Con alarma.*) ¿Eh?

FERN. (*Con volubilidad.*) Es una ingrata... Me tiene abandona-

dita del todo... Y cuando más falta me hace... Y para colmo, nunca que viene una a verla la encuentra... (*Con amabilidad.*) ¿Sabes tú adónde ha ido?

GABR. A tu casa.

FERN. (*Riéndose.*) ¡Imposible! De sobra sabe que por las tardes no estoy nunca.

GABR. ¿Eh?

FERN. (*Sin detenerse.*) Y los sábados menos. (*Con volubilidad.*) Comemos en casa de mi suegra, y luego, para desengrasar de familia, nos vamos mi hombre y yo a hacer una excursioncita en automóvil... de alquiler, hijo..., todavía no dan para más los fondos conyugales... ¡pero todo llegará, no hay cuidado! (*Muy amable.*) ¿Te has divertido mucho en el viaje?

GABR. (*Furioso.*) ¡Muchísimo!

FERN. ¡Jesús, con qué tono tan furioso lo dices! (*Le mira y parece asombrarse al ver la cara de vinagre que ha puesto.*) ¿Qué te pasa, Gabriel? ¿Por qué te has puesto así de repente?

GABR. (*Melodramático.*) Dices que Estrella sabe que no estabas en casa... ¿de fijo?

FERN. (*Con ingenuidad.*) Claro que lo sabe. (*Apurándose de pronto, como si se diese cuenta de que se ha «colado».*) Es decir... me figuro... ¿Por qué me lo preguntas? ¡Ay!

GABR. (*Severo.*) ¿Por qué te apuras?

FERN. ¿Yo? (*Apuradísima.*) ¿Apurarme?... No, hijo... ¿Por qué me iba a apurar? (*Con precaución y mal fingida indiferencia.*) ¿Es que Estrella te ha dicho...?

GABR. (*Furioso.*) Que iba a tu casa, sí..., y que va casi todas las tardes... a distraerte... ¡como estás delicada!...

FERN. (*Con la más inocente tranquilidad.*) ¡Es verdad..., pobrecilla..., es más buena!

GABR. (*Enfadadísimo.*) ¿Pero no me acabas de decir...?

FERN. (*Protestando, ofendida.*) ¿Yo?... ¿Qué te he dicho yo?

GABR. ¡Que hace un siglo que no la ves!

FERN. Un siglo... bueno... un siglo, sí..., pero un siglo no tiene importancia...; si fuera una semana..., pero un siglo...

GABR. (*Conteniéndose a duras penas.*) Fernandita, te estás haciendo un lío...

FERN. (*Muy gallito.*) ¿Un lío yo? ¿Por qué?...

GABR. Eso pregunto yo... ¿Por qué?... Y estás apuradísima... ¡Y me vas a decir por qué!... (*La coge de un brazo.*)

FERN. (*Soltándose, muy ofendida.*) ¿Yo?... bueno... Tú estás loco... ¡Vaya, adiós!

GABR. (*Deteniéndola.*) ¿Dónde vas?

FERN. ¿Dónde voy a ir? A mi casa... ¡a buscar a Estrella!

GABR. (*Dándoselas de irónico.*) ¡No tengas prisa, que no estará!

FERN. (*Con candor angélico.*) ¿No dices que ha ido?

GABR. Digo que me ha dicho que iba; pero...

FERN. (*Entre candor y guasa.*) ¡Ah, pues si te ha dicho que iba, es que iba, qué duda cabe!

GABR. ¿Pero no dices tú que sabe que no estás?

FERN. (*Impaciente.*) ¡Ay, hijo, puede que se le haya olvidado! ¡Buenas tardes! (*Sale precipitadamente.*)

GABR. (*Se queda un momento estupefacto mirándola salir y después reflexiona con tono de hombre superior.*) ¡Esto ya es otra cosa!... ¡Sí, señor, esto ya es otra cosa!... ¿Indiferencia? ¡Bueno!... ¿Cortesía glacial?... ¡Admirable! ¿Libertad absoluta? ¡Magnífico!... Pero esta salidita, en cuanto he dicho yo que me quedaba en casa..., esta mentira innecesaria y tonta... (*Pasea furioso y ve las rosas sobre el secreter.*) ¡Las rositas!... ¿Quién le habrá mandado las rositas? (*Recordando la carta.*) ¡Bien fácil es saberlo! (*Saca la carta, y, desarrugándola, busca rápidamente la firma.*) ¡Sin firma! ¡Claro..., qué falta hace, cuando quien la recibe sabe quién la ha escrito!... (*Durante la escena anterior ha ido oscureciendo. Da a un interruptor y se ilumina la araña central y todos los apliques de las paredes, derramando tal claridad que casi le ciega. Lee con asombro.*) *Darling*... ¡Eh!, ¿qué es esto?... *Darling*... ¿Inglés?... ¡El diablo cargue con todas las lenguas extranjeras! (*Lee y no entiende.*) ¡Nada, que no hay modo!... ¡Ah... mi nombre..., Gabriel..., algo es algo! (*Sigue leyendo.*) Gabriel... *stupid*..., menos mal que no están en el mismo renglón... *Roses... Made you happy... ¿happy?... With my love... Darling*... me suena *Darling;* muy mal pero me suena... Yo conozco esta letra... ¿De quién es esta letra?

CARL. (*En la puerta.*) Pase el señorito...

EDU. (*En la puerta.*) ¿Se puede? (*Entra. La doncella se retira.*)

GABR. Adelante. (*Al ver a Eduardo cree comprender de pronto.*) ¿Eh?... ¡Claro que la conozco! ¡Como que la estoy viendo a todas horas! (*Se guarda precipitadamente la carta en el bolsillo.*) ¡Estúpido de mí! (*Furioso.*) Tenía que suceder..., el amigo del alma... ¡Eres un miserable!

EDU. (*Con enojo y sorpresa ante la acogida.*) ¿Qué estás ahí delirando?

GABR. (*Furioso.*) ¿Conoces esta letra? (*Saca la carta del bolsillo y se la mete por los ojos.*)

EDU. (*Cogiendo la carta, mirándola y sonriendo.*) Vagamente...

GABR. ¿Cómo vagamente?

EDU. Hay tantas parecidas... como está de moda...

GABR. (*Conteniéndose a duras penas.*) ¡Ah, está de moda! ¡Léela en voz alta, y veremos si está también de moda el contenido!... ¡Lee!

EDU. (*Leyendo con toda calma.*) «¡Vidita, canalla!...»

GABR. (*Dando un salto.*) ¿Eh?

EDU. (*Continúa leyendo imperturbable.*) «Si no estás aquí dentro de media hora...»

GABR. (*Con ira queriendo arrebatarle la carta.*) ¡Trae acá!

EDU. (*Con calma, pero sin soltar la carta.*) ¿En qué quedamos? ¿No me has dicho que lea?

GABR. ¡Sí, pero no eso!

EDU. (*Con calma.*) Hijo, lo que está escrito. (*Tira con desdén la carta encima de la mesa.*)

GABR. (*Con ironía.*) Tú sabes inglés, ¿no?

EDU. Ptss... un poco. Lo bastante para leer a Shakespeare.

GABR. (*Con rabieta.*) Bueno..., pues en inglés..., es decir, traducido al castellano, ¿qué quiere decir *Darling*?

EDU. (*Sonriendo.*) ¿*Darling*? Pues unas cuantas cosas suaves y tiernas, casi imposibles de expresar en nuestra lengua brava...

GABR. ¿Suaves, eh?... Por ejemplo... aproximadamente...

EDU. Queridito, chiquillo mimado...

GABR. Ah... chiquillo... mimado... ¿Y chiquilla mimada... no?

EDU. También. Es lo mismo.

GABR. ¿Lo mismo?

EDU. En inglés, sí... El cariño no tiene género.

GABR. (*Rabiando como un estúpido.*) Y *stupid*... ¿es estúpido o estúpida?

EDU. Estúpido o estúpida, según a quien se aplique...

GABR. ¡Ah, vamos!... Y *my love*, ¿qué es *my love*?

EDU. *My love*, es mi cariño.

GABR. ¿Y mi amor, no?

EDU. También. Es lo mismo.

GABR. En inglés, ¿verdad? ¡Qué idioma tan cómodo!

EDU. Todas las lenguas tienen sus ambigüedades... Ya ves, en castellano, «vidita, canalla...» para saber de fijo que se trata de un hombre hay que verlo escrito con letra de mujer. (*Señala la carta que está sobre la mesa. Gabriel la coge rabiosamente, y se la vuelve a meter en el bolsillo.*) Mejor harías en romperla... Esas cartitas a veces se extravían, y se las encuentra quien menos falta le hace.

GABR. (*Con ironía.*) ¿Verdad?, por eso las personas prudentes toman la precaución de escribirlas en inglés, supongamos.

EDU. ¿Pero tú crees que el inglés es una lengua hermética?

GABR. (*Rabiando.*) Para quien no la sabe...

EDU. ¡Hay traductores!

GABR. Pues haz el favor de traducirme lo que dice ahí. (*Saca la otra carta y la tira con rabia sobre la mesa.*)

EDU. (*Con calma.*) ¿Yo? No, por cierto. Matricúlate en Berlitz, o compra un diccionario.

GABR. ¡Este papelito se le va a tragar alguien!

EDU. (*Con guasa.*) ¿Tanto te duele lo que pueda decir? ¿Es que le has encontrado en el *boudoir* del ángel que te escribe «vidita, canalla», con letra del Sagrado Corazón?

GABR. ¡De sobra sabes donde la he podido encontrar!
EDU. (*Con desprecio.*) ¡Hijo, no tengo la menor idea!
GABR. Tampoco tienes la menor idea de quién le ha enviado a Estrella esas rosas, ¿verdad?
EDU. Las he enviado yo.
GABR. ¡Ah! Tienes el valor de confesar...
EDU. ¿Que he tenido el valor de comprarlas? Más del que te figuras, porque me han costado un ojo de la cara, y anoche el ecarté me dejó limpio... Pero era una deuda de honor...
GABR. (*Airado.*) De ti todo podía esperármelo, porque eres quien eres, estás en tu papel, ¿verdad? ¡Pero de ella! Que ella sea capaz...
EDU. (*Interrumpiéndole con enojo.*) ¡Pero qué estás diciendo, miserable! ¿De quién hablas? ¿Qué quieres decir? ¿Es que te atreves a suponer que Estrella...? ¡Eso sí que no!... Te lo prohibo. ¡Es indigno que ofendas a una mujer que no te mereces!
GABR. Te la mereces tú, ¿verdad?
EDU. Tampoco... ¡Está muy por encima de ti y de mí! ¡No seas imbécil!
GABR. (*Un poco aturdido.*) Entonces, ¿cómo explicas...?
EDU. (*Serenamente.*) ¿Un puñado de rosas y cuatro palabras de broma y de cariño? Si no encuentras tú mismo la explicación en la tristeza de su soledad y en la devoción que siempre la he tenido...
GABR. ¿Me juras...?
EDU. ¡No acostumbro! (*Da media vuelta para marcharse.*)
GABR. ¿Dónde vas?
EDU. (*Ya en la puerta.*) A perderte de vista cuanto antes.
GABR. (*Como un chiquillo emperrado.*) ¿Pero si no eres tú, quién es?
EDU. (*Volviéndose con arrogancia.*) ¿Por qué ha de ser nadie?
GABR. ¡Porque aquí pasa algo! Anoche, cuando llegué...
EDU. ¿Te arañó, naturalmente?
GABR. No estaba en casa..., estaba...
EDU. (*Interrumpiéndole.*) En el teatro...
GABR. (*Volviendo a enfurecerse por la sospecha.*) ¡Ah, lo sabes!
EDU. Va todas las noches... Pero supongo que volvería.
GABR. Sí, volvió... a las tantas... y me encontró esperándola... como si tal cosa.
EDU. ¿Querías que te recibiese con los brazos abiertos? ¿Sabiendo de dónde venías?
GABR. Y hoy... se ha marchado antes de que me levantara yo..., no ha almorzado en casa.
EDU. Estaría invitada en otra parte.
GABR. Y apenas ha venido, ha vuelto a salir.
EDU. Habrá ido de visitas, a algún té, a bailar, a jugar al *bridge*, a un *vermuth*... Es su costumbre.
GABR. (*Dándoselas de irónico.*) ¡Ya... la tristeza de su soledad!
EDU. Procura distraerse. No creo que fueras a pretender que

mientras resbalabas en dulce compañía sobre la nieve de los Alpes, ella se hubiera muerto de pena o se hubiera metido monja... ¡Tiene gracia! El señor está molesto porque los lindos ojos que fueron suyos no siguen derramando lágrimas por él... Es verdad... cuando un hombre ha perdido el poder de hacer sufrir a una mujer, se siente un poco en ridículo ante ella y ante sí mismo.

GABR. Es que se ha marchado con una mentira innecesaria y burda; es que hay matices y tonos y silencios y miradas que, para el hombre que tiene un poco de experiencia, indican que existe...

EDU. (*Interrumpiendo casi con insolencia.*) ¿Qué?

GABR. Por lo menos un *flirt*... muy arriesgado.

EDU. ¿Y si así fuera?

GABR. ¿Eh?

EDU. Tiene veinticuatro años... y derecho a la vida...

GABR. Es que yo no puedo consentir...

EDU. ¿Tú? ¿Con qué autoridad? ¿Sabes lo que te digo? ¡Que te estaría muy bien empleado! ¡Buenas noches! (*Sale furioso.*)

GABR. ¡Espera! (*Se oye fuera el golpe de la puerta.*)

CRIA. (*Entrando.*) Señor, la Engracia, que ha vuelto, y que dice...

GABR. (*A punto de tirarle algo a la cabeza.*) ¡Quítate de mi vista!

CRIA. Señor... (*Sale apresuradamente.*)

GABR. (*Repitiendo rabiosamente las palabras de Eduardo.*) ¡Tiene veinticuatro años..., tiene derecho... derecho, derecho! (*Suena el timbre del teléfono.*) ¡Eh! (*Sigue sonando el timbre.*) ¿El teléfono? ¡Se ha dejado puesta la famosa clavija! ¡Providencial! (*Se acerca al teléfono y coge el auricular.*) ¿Quién llama? (*Con susto y sorpresa.*) ¿Laura, tú?... (*Escucha y habla alternativamente, cada vez con más rabieta.*) Naturalmente que me disgusta. Podía no haber sido yo quien respondiera... Claro que no es un crimen, pero es una imprudencia... ¡No te rías!... ¡De muy mal gusto, sí, de muy mal gusto!... No, no está en casa... Pues porque no he podido... ¡Eso es, porque no he querido! ¡Cuando tú lo dices!... Claro que pienso ir, ¿no te lo he dicho?... ¿Si me dejan? (*Furioso.*) ¡Je, je, je! ¡Si me dejan! ¡Has de saber que a mí no me manda nadie! ¡No faltaría más! Eso que dices es una estupidez... Perdona, hija... No, no, ataques de nervios por teléfono, no... ¿Que no te conviene? Pues a mí tampoco, ¡ea!... ¿Ah, sí? ¡Pues yo hasta un poco más arriba! ¡Para que te enteres!... ¡Pues a mí, ni medio!... ¡No, hija, ya soy muy viejo para cambiar de genio!... ¡Lo mismo digo! ¡Un poquito más que tú!... ¡Un poquito menos que tú!... ¡No acostumbro a pedir perdón a nadie!... ¡Ja, ja, ja!... ¿Ahora mismo?... ¡Ni ahora, ni nunca, prenda!... ¿Qué

dices?... ¡Perfectamente!... ¡Descuida, no iré, no, no tengas cuidado, ni a cenar, ni a almorzar, ni hoy, ni mañana, ni hasta el día del juicio!... ¡Lo mismo digo!... ¡Que te diviertas!... ¡Tantísimas gracias!... ¡Hasta la eternidad!... ¡Tú lo has querido!... ¡Ancha Castilla! (*Suelta el auricular, pero vuelve a cogerlo y grita en el teléfono.*) ¡De-fi-ni-ti-va-men-te! (*Suelta el auricular, se aleja del teléfono, pero vuelve a toda prisa, y vuelve a gritar.*) ¡Y conste que no eres tú quien me manda a paseo! ¡Soy yo! (*Rabiando.*) ¡Yo, yo, yo!... ¡Y no sabes tú bien lo ancho que me quedo! (*Suelta definitivamente el teléfono, y pasea agitado por la habitación.*) ¡Uf! (*Se para en seco.*) ¡Es curioso! ¡Cree uno que adora, y casi le da gusto romper! (*Suena el timbre del teléfono.*) ¡Que no! ¡Que no me da la gana, ea! (*Se sienta muy resuelto y enfadadísimo en el diván.*) ¡Y ahora... esperemos a que se digne volver a casa mi señora esposa!... ¡Y a que me explique, pero muy clarito, qué es lo que pasa aquí! (*Se vuelve a levantar y pasea agitadísimo. Suena furiosamente el timbre del teléfono.*) ¿Otra vez?... ¡Llama, llama, tú te cansarás!... A un marido hay que guardarle ciertas consideraciones... (*Vuelve a sonar el teléfono.*) ¡No faltaría más!... (*Suena el teléfono.*) ¡Que no me da la gana, ea!... ¡Y las cosas claritas, y todo el mundo muy derecho, pero que muy derecho! (*El teléfono suena desaforadamente.*)

CARL. (*En la puerta.*) Señor..., me permite el señor...

GABR. ¿Qué quiere usted?

CARL. (*Yendo al teléfono, que sigue sonando como con rabia.*) Me parece que están llamando al teléfono. (*Coge el auricular.*) ¿Quién llama?

GABR. ¡Diga usted que no estoy, que me he marchado al Congo! ¡Pero que muy derecho!... En cuanto vuelvas... ¡Ay, en cuanto vuelvas!...

CARL. (*Al teléfono.*) Sí, señorita... ¡Está bién, señorita! (*Descuelga el aparato.*)

GABR. (*Al oír el tono en que habla la doncella.*) ¿Con quién habla usted?

CARL. Con la señora, señor...

GABR. ¿Con la señora?

CARL. Sí, señor. Dice que le diga al señor que no se moleste en esperarla, que no viene a cenar.

GABR. (*Que no quiere creer lo que oye.*) ¡Eh!... ¿Cómo ha dicho usted?

CARL. (*Amabilísima.*) ¡Que no viene a cenar! (*Sale respetuosamente.*)

GABR. (*Solo.*) ¡Que no viene a cenar! ¡Ira de Dios!... Que no viene a cenar... ¿Y de dónde ha llamado? (*Va al teléfono y empieza a aporrear el aparato.*) ¡Que no viene a cenar!... ¡Central! ¡Central! ¡Central!... (*Cae el te-*

lón mientras él grita y hace sonar el timbre desaforadamente.)

TELÓN

ACTO TERCERO

La alcoba de Estrella. No hay más luz (pero basta a darle aspecto de misterio galante) que la de una lámpara portátil, velada por encajes y sedas. Sentada junto a la mesita que sostiene la lámpara, muy en primer término, y apoyada la cabeza en la tabla, como si la hubiese rendido el sueño, está CARLOTA, la doncella. Se levanta el telón. Silencio. Un reloj de chimenea de fina campana vibrante da las tres. Carlota se remueve como inquieta en el sueño, y hasta levanta un poco la cabeza pero vuelve a dejarla caer pesadamente. Otro reloj, fuera, el de la antesala probablemente, da las tres, también con campanadas fuertes y sonoras. Inmediatamente se abre la puerta con violencia (no hay más que una, que comunica con el pasillo, y otra de escape, pequeñita, a un lado de la cama, que sin duda conduce al cuarto de baño) y entra iracundo, cerrando tras sí la puerta con tremendo golpazo, GABRIEL. Al sentir el ruido, Carlota despierta, al parecer con tremendo susto, y se pone en pie como por resorte.

CARL. (*Frotándose los ojos.*) ¡Eh, ¿quién?
GABR. (*Iracundo.*) ¡Yo!
CARL. (*Con susto y adormilada.*) ¡Ah!
GABR. (*Con ira.*) ¿Es decir, que aún no ha vuelto la señora?
CARL. (*Embrutecida por el sueño.*) ¿La señora?...
GABR. ¡Y que son las tres!
CARL. (*Medio inconsciente.*) ¡Las tres!...
GABR. ¡De la madrugada!... ¿No las ha oído usted en todos los relojes?
CARL. ¿En todos los relojes?...
GABR. ¡Haga usted el favor de no repetir como un loro, y conteste usted a lo que le pregunte!
CARL. Sí, señor...
GABR. (*Con énfasis de afirmación.*) ¡Usted sabe dónde está la señora!
CARL. (*Sencillamente.*) ¡Sí, señor!
GABR. ¡Y me lo va usted a decir ahora mismo!
CARL. (*Siempre medio dormida.*) ¡No, señor!
GABR. (*Con ira.*) ¡Cómo que no! ¿Por qué?
CARL. Porque...
GABR. Le ha encargado a usted ella que no lo diga, ¿verdad?
CARL. (*Sencillamente.*) ¡Sí, señor!
GABR. (*Airado.*) ¿Lo confiesa usted?
CARL. Sí, señor.
GABR. ¿Usted no sabe quién manda en esta casa?
CARL. A mí me manda la señora, señor.
GABR. (*A punto de pegarla.*) ¿Ah, sí?

CARL. (*Tranquila.*) Sí, señor. Estoy al servicio personal de la señora.

GABR. ¡En vista de lo cual, se marcha usted a paseo ahora mismo!

CARL. (*Sumamente digna.*) Hasta que me lo mande la señora, no, señor... La señora me ha tomado, la señora me paga, la señora es la única que puede despedirme. Además, me permito advertir al señor que, como ha observado muy bien, son las tres de la madrugada, que esta es la habitación particular de la señora, y que nunca, y menos a estas horas, ningún caballero se toma la libertad de entrar en ella sin autorización especial de la señora...

GABR. (*Blanco de ira.*) ¿Ha terminado usted?

CARL. (*Con desafío.*) Sí, señor.

GABR. Pues... me permito advertirla a usted que (*Cogiéndola de un brazo.*) esta es la puerta, y por la puerta se va al pasillo, y por el pasillo a la calle. ¿Ha comprendido usted?

CARL. Sí, señor.

GABR. ¡Pues largo!

CARL. (*Muy digna.*) ¡Cedo, porque soy una débil mujer; pero protesto, sí, señor, protesto!

GABR. ¡Largo he dicho! (*La empuja con violencia, la hace salir y cierra la puerta. La cama se ilumina con dulce luz rosada y entre sus tules, sedas y encajes, aparece la velada figura de Estrella.*)

ESTR. (*Con voz de susto.*) ¿Quién está ahí? ¿Quién grita?

GABR. (*Que casi se desmaya del susto.*) ¡Eh!

ESTR. (*Desde la cama, con alarma.*) ¡Carlota! ¡Carlota!... ¡Socorro! (*Salta de la cama a toda prisa.*)

GABR. (*Precipitándose hacia ella.*) ¡No chilles, que soy yo!

ESTR. Vete, no entres..., espera... que estoy sin vestir...

GABR. ¡Qué importa!

ESTR. ¿Cómo qué importa? ¡Por quién me has tomado! (*Apaga la luz, con lo cual la cama vuelve a quedar en penumbra y se envuelve a toda prisa en un primoroso salto de cama.*) ¡Carlota! ¡Carlota!

GABR. ¡Calla te he dicho! (*Da a un interruptor y se enciende la araña central.*) Y haz el favor de no hacer arrumacos... (*La coge de un brazo.*)

ESTR. (*Muy digna.*) ¡Suelta! ¿Pero quién te figuras que soy yo?

GABR. ¡Mi mujer!

ESTR. ¡Eso...! (*Ha acabado de arreglarse la bata y se ha calzado unas lindas babuchas.*) ¡Suelta te he dicho! (*La aparta con violencia.*)

GABR. (*Como un estúpido.*) ¿Estabas en la cama?

ESTR. (*Bostezando como si estuviera muerta de sueño.*) ¡A ver dónde iba a estar a estas horas! (*Viendo que él pasea de un lado a otro, y descorre las cortinas del balcón y de la cama.*) ¿Qué buscas?

GABR. (*Avergonzado.*) Nada... (*Mirándola como si no creyese a sus ojos.*) ¿Has vuelto?

ESTR. (*Con mal humor.*) ¡Cuando estoy aquí!

GABR. (*Enfadado.*) ¿A qué hora?

ESTR. ¿A ti qué te importa?

GABR. Te he estado esperando en la antesala desde las once y media.

ESTR. (*Sencillamente.*) Habré vuelto antes.

GABR. ¡No!

ESTR. (*Mirándole fijamente.*) ¿Por qué?

GABR. (*Furioso.*) Porque mientras corría todos los teatros de Madrid, buscándote en balde...

ESTR. (*Interrumpiéndole con naturalidad.*) No, al teatro no he ido...

GABR. (*Sin detenerse.*) He dejado a Mariano de guardia en el portal...

ESTR. (*Con desprecio.*) ¡Ah!, ¿me haces espiar por un criado?

GABR. (*Solemne.*) ¡Es mi derecho!

ESTR. (*Con soberano desprecio.*) ¡Es una estupidez! (*Agazapándose en la bata.*) ¡Tengo frío!... Mira, haz el favor de marcharte, que me vuelvo a la cama...

GABR. (*Con energía.*) ¡Tenemos que hablar!

ESTR. (*Con suprema indiferencia.*) ¿A estas horas? (*Bosteza.*) ¡De ninguna manera! Ya hablaremos mañana... u otro día... No corre prisa.

GABR. ¡A mí sí!

ESTR. ¡Pero a mí no! (*Bosteza.*) Márchate ya.

GABR. ¡No! Es preciso que me expliques... Aquí suceden cosas... incomprensibles... y... desagradables...

ESTR. Muchísimas..., pero no son culpa mía. (*Bosteza.*)

GABR. (*Desatinado.*) ¡No bosteces!

ESTR. ¡Ay, hijo, tengo sueño!

GABR. ¡Yo no!

ESTR. (*Poniéndose a su tono.*) ¡Pero yo sí! ¡Déjame en paz! (*Da media vuelta.*)

GABR. (*Siguiéndola.*) No me desatines.

ESTR. ¿Yo? (*Bosteza de nuevo.*)

GABR. (*Enérgico.*) Contéstame a una sola pregunta..., a una sola, y te dejo dormir tranquila... (*Se para sin atreverse a seguir.*)

ESTR. (*Tranquilamente.*) ¿Qué?

GABR. (*Lanzándose a hablar con decisión.*) En mi ausencia... (*Turbándose.*) Durante mi ausencia...

ESTR. (*Medio vuelta hacia él, pero habiéndo dado ya algunos pasos hacia la cama.*) ¿Qué?... ¡Acaba!

GABR. (*Con mal humor.*) ¡No me atrevo!

ESTR. (*Con inocencia.*) ¿Por qué?

GABR. (*Vacilando.*) Estrella...

ESTR. (*Con desafío.*) Me llamo.

GABR. (*Vacilando.*) Esta tarde me has dicho... que... ya no me quieres...

ESTR. (*Sencillamente.*) Sí.

GABR. Pero... pero...
ESTR. ¿Pero?
GABR. ¿Quieres... quieres a... otro? (*Con esfuerzo.*)
ESTR. (*Con perfecta serenidad.*) ¡Sí!
GABR. (*Aturdido, como si le hubieran dado un golpe.*) ¿Eh... qué has dicho?
ESTR. Que sí... ¿Era esa la pregunta?... Pues ya lo sabes. ¡Sí! Buenas noches. (*Da media vuelta y se dirige hacia la cama.*)
GABR. (*Furioso, cogiéndola de un brazo.*) ¡No, no!...
ESTR. (*Molesta.*) ¡Que sí!... ¡Suelta!
GABR. ¡Imposible! ¿Tú quieres a otro?
ESTR. (*Soltándose con leve esfuerzo y mirándole cara a cara.*) ¿No quieres tú a otra?
GABR. (*Furioso.*) ¡Esa no es razón!
ESTR. (*Suspirando.*) Es verdad... (*Apasionándose poco a poco.*) Y, además, en el cariño no hay razones... (*Con exaltación, acercándose a él.*) Tú lo sabes, ¿verdad?... Es un vértigo, una fatalidad... (*Dramática.*) ¡Sufre una, lucha una, pero todo en balde!... ¡El corazón manda, el deseo es el amo!
GABR. (*Con espanto escandalizado.*) ¡El deseo!
ESTR. (*Con calor y romanticismo.*) ¡Sí!... ¡Ahora te perdono... porque ahora te comprendo!... ¡Tenías tú razón!... Yo, tonta de mí... claro... ¿qué sabía?... Yo había querido... a ti... mucho... muchísimo... pero sin pasión... y por eso... cuando tú me dijiste: ¡quiero a Laura!... lloré... me rebelé... te hice reproches... ¡Perdóname, Gabriel! (*Con efusión.*) Estaba ciega... ¡No te comprendía!
GABR. (*Espantado.*) ¡Pero qué estás diciendo!
ESTR. (*Con sencillez.*) ¡La verdad! (*Con efusión.*) ¡Ay, qué felicidad poderla decir, así..., sin disimulo..., a alguien capaz de comprenderla!
GABR. (*Que no sabe si romperla la cabeza o echarse a llorar.*) ¿Pero te estás burlando de mí, o qué?
ESTR. (*Dolida.*) ¿Yo? ¿Burlarme? ¿De lo más alto, de lo más inefable de mi vida? (*Con exaltación.*)
GABR. (*Con ira.*) Entonces eres...
ESTR. (*Interrumpiéndole como si no entendiese que él la insulta.*) ¡Soy muy feliz, Gabriel! (*Con calma.*) Y ya ves, tengo todas las ventajas... Porque tú... como fuiste el primero... y yo todavía era una... inocente... pues tuviste que hacerme sufrir... y eso duele mucho, ¿verdad?... (*Con romanticismo.*) ¡Lo comprendo!... A mí me dolería en el alma haber tenido que ser la primera en darte el disgusto... Si yo hubiera sentido antes que tú el aguijón de la pasión frenética, hasta hubiera llegado a sentirme culpable, creyendo que mi caso era único en el mundo... Ahora sé..., ¡tú me lo has enseñado, y no sabes lo que te lo agradezco!, que es la ley ineludible de la vida..., la cosa más natural del mundo... Y por eso,

mi felicidad es completa, sin remordimientos, sin nubes... ¡Gabriel..., como la tuya!

GABR. ¿Quieres hacer el favor de callarte?

ESTR. (*Mirándole con asombro casi doloroso.*) ¡Gabriel!

GABR. ¿Estás loca?

ESTR. (*Con expresión mimosa.*) Sí..., un poco...; la pasión enloquece..., tú lo sabes.

GABR. (*Furioso.*) ¡Yo no sé nada!

ESTR. (*Retrocediendo asombradísima.*) ¡Eh!

GABR. (*Con violencia.*) ¡Quiero..., necesito saber ahora mismo el nombre de ese miserable!

ESTR. (*Ofendidísima.*) ¿Miserable? ¿Quién? ¿El hombre que me adora miserable? (*Con altivez.*) ¿Tan indigna me encuentras de un amor leal?

GABR. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¡Dilo!

ESTR. (*Como encogiéndose.*) ¡Ay, no!... ¡Y tomándolo del modo que lo tomas, menos! (*Con reproche dolido.*) ¿Es posible, Gabriel, que tú tampoco...? ¡Después de tú experiencia personal!... ¿Entonces era mentira lo que me dijiste?...

GABR. (*Rugiendo.*) ¡Déjate de monsergas, y dime de una vez el nombre!...

ESTR. (*Con ingenuidad inefable.*) ¿Para qué?

GABR. ¡Para ir ahora mismo a romperle la crisma!

ESTR. (*Casi con un grito.*) ¡Tú a él!

GABR. ¡O él a mí...! Eso dependerá de los puños que tenga... ¡Pronto!

ESTR. (*Melodramática.*) ¡Jamás!

GABR. Estrella, mira que...

ESTR. No tengo que mirar..., ya lo veo... (*Gimoteando.*) No puede una fiarse de nadie en este mundo..., me he fiado de ti... ¡y me he fastidiado! (*Con sencillez clínica.*) Porque ahora que lo sabes, no me vas a dejar ni a sol ni a sombra, y va a ser molestísimo... ¿Qué necesidad tenía de decírtelo?

GABR. (*Mirándola con espanto.*) ¡Eres un monstruo de inmoralidad!

ESTR. Lo mismo que tú. (*Con rencor.*)

GABR. (*Desconcertado, pero furioso.*) Es muy distinto... Un hombre...

ESTR. Pues entonces, lo mismo que ella...

GABR. ¿Ella?

ESTR. Sí..., tu Laura... ¿No te adora y es un ángel?... ¡Pues ya ves... tan mujer es como yo!

GABR. (*Que no quiere ceder.*) ¿Cómo se llama ese hombre?

ESTR. (*Cansada.*) ¡Y dale! ¿Qué te importa?

GABR. (*Interrumpiéndola con violencia.*) ¿Te figuras que no voy a saberlo?

ESTR. ¿Quién te lo va a decir?

GABR. Tú, ahora mismo..., (*La coge con violencia.*) porque si no...

ESTR. (*Desprendiéndose también violentamente y en son de desafío.*) ¿Si no...?

GABR. ¡No me obligues a hacer una locura!... ¡Dime quién es!

ESTR. (*Con toda tranquilidad, apartándose de él.*) No es nadie.

GABR. Mientes.

ESTR. ¿Por qué voy a mentir?

GABR. Porque comprendes que has dado un paso en balde...

ESTR. ¿Yo?

GABR. ¡Tú misma lo has dicho!

ESTR. ¿Yo?

GABR. ¡No me vuelvas loco!

ESTR. ¡Ay, hijo, te digo que no, y que no!

GABR. Con ese sencillísimo procedimiento quieres convencerme de que he visto visiones, y conseguir tu dulce libertad para...

ESTR. (*Repitiendo las palabras de él en el primer acto.*) Sigue haciendo cábalas sin fundamento...

GABR. (*Desatinado.*) ¡Ah, sin fundamento!... Vamos a ver... ¿Quieres explicarme por qué no has almorzado en casa esta mañana?

ESTR. (*Con sencillez.*) Por no verte.

GABR. ¿Y por qué te has marchado esta tarde en cuanto he dicho que yo me quedaba?...

ESTR. Idem, ídem...

GABR. ¿Y por qué has dicho que ibas a casa de tu hermana... siendo mentira?

ESTR. Porque fué lo primero que se me ocurrió.

GABR. ¿Ah, sí? Entonces... ¿dónde has ido?

ESTR. A ninguna parte.

GABR. ¡Muy verosímil! ¡Te has estado vagando por las calles como un alma en pena!

ESTR. Me he estado aquí... en mi cuartito... en bata y zapatillas... descansando...

GABR. (*Con ironía.*) Toda la tarde...

ESTR. Y toda la noche... Estaba muy cansada y de muy mal humor... He cenado en la cama y...

GABR. (*Furioso, cogiéndola y sacudiéndola como si quisiera matarla.*) ¡Mientes, mientes, mientes!

ESTR. ¡Suelta, que me haces daño! (*Consigue apartarse de él.*) ¡Ay, hijo, qué difícil eres de contentar! Te digo que sí, y quieres irle a romper la crisma a él... Te digo que no, y me quieres estrangular a mí... ¿Qué quieres que te diga?

GABR. ¡La verdad!

ESTR. Ya te la he dicho.

GABR. ¿Cuándo?

ESTR. Ahora mismo.

GABR. Es que es inverosímil.

ESTR. (*Con perfecta indiferencia.*) ¡Yo qué culpa tengo de que te parezca más verosímil la mentira!

GABR. ¿Cuándo dices verdad? ¿Cuándo mientes?

ESTR. Si no me crees...

GABR. ¿Cómo voy a creerte, después del laberinto que has armado?

ESTR. (*Con perfecta calma.*) Pues no me creas... Por ti lo siento, que te quedarías tranquilo... A mí me da igual

GABR. ¡No tienes conciencia!

ESTR. Me parece que sí..., pero está muy tranquila...

GABR. ¿Con qué fin..., si es mentira..., has armado esa historia de... amor pasional..., de vértigo..., de...?

ESTR. ¡Ay, hijo mío, para convencerme de que todas las justificaciones que has empleado tú para hacer lo que te ha dado la realísima gana eran... palabrería hueca y sin sentido...! ¡Mira, cuando las oyes en boca ajena qué efecto te hacen!... (*Muy seria.*) Y para convencerte a ti de que aunque he dicho ¡amén! a todas tus monsergas, las he estimado desde el primer instante en lo que valían, ni más ni menos... No has tenido pasión... vertiginosa... ni te ha hecho falta para traicionarme: con un mero capricho te ha bastado para romper un corazón... No sé si... a ella la quieres. A mí no me has querido..

GABR. (*Con protesta dolida.*) ¡Estrella!

ESTR. (*Sin hacerle caso.*) Te has querido a ti mismo sobre todas las cosas, y ese es el secreto... Te tienes un amor tan refinado, que ni ese caprichito sensual-sentimental has podido negarte... Está bien... Es la vida.. Ni grito ni lloro... (*Con altivez.*) Pero no quiero que sigas figurándote que te sigo teniendo por algo extraordinario...

GABR. ¡Nunca me he dado tono de santo!

ESTR. Si no te echo en cara que no lo seas. La culpa de mi desilusión, no la tienes tú... Eres como eres... ¿Qué le vas a hacer? ¿Quién me mandaba esperar constancia y firmeza donde no las había? ¿Quién me mandaba hacer de ti un héroe? No te he encontrado conquistando mundos ni curando leprosos...

GABR. No creo que sea menester...

ESTR. (*Soñadora, recordando.*) ¡Jugando al *golf* estabas el primer día que te vi...; bailando un cotillón, el segundo... jugando a la ruleta, el tercero...

GABR. (*Interrumpiendo con enfado.*) Tú también...

ESTR. (*Inefable.*) Yo también... *flirteando,* jugando al *tennis,* tomando el té... Somos tal para cual, hijo mío... Barrito elegante, porcelana frágil... a poquito golpe, se rompe el cacharro... (*Suspira.*) Todo puede temerse de ti y de mí.

GABR. (*Con protesta.*) ¡De ti no!

ESTR. ¡Igualito!... No hay que hacerse ilusiones... A dormir, a dormir, que la almohada consuela de todo. ¡Buenas noches! (*Se dirige a la cama.*)

GABR. (*Siguiéndola.*) ¡Estrella!

ESTR. ¡Que descanses!

GABR. Estrella... Me has dicho cosas crueles... ofensivas... hasta injustas...

ESTR. (*Sin volverse a mirarle.*) Dispensa, hijo...

GABR. Pero comprendo que... la... que mi... en fin... que la apariencia de los hechos... pasados... te da cierta razón... accidental...

ESTR. (*Volviéndose a mirarle.*) ¿Ah, vamos... accidental?

GABR. (*Generoso.*) Sí... me pongo en lo justo... Estabas ofendida...

ESTR. ¡Oh!

GABR. Te has querido vengar... inquietándome... con una farsa... (*Inquieto.*) porque ha sido una farsa, ¿verdad?

ESTR. (*Soñadora.*) ¡Oh!...

GABR. (*Repitiendo para convencerse.*) Una farsa... un poquito cruel... Lo has conseguido... En unas cuantas horas he pagado con creces...

ESTR. (*Irónica.*) ¿Sí?

GABR. He sufrido..., no sabes tú cómo..., angustia, celos, ira, humillación, dolor... ¡Sí!... ¡Estás vengada!... Y por eso, sin guardarte rencor, te digo lealmente... ¡perdóname!

ESTR. (*Superior.*) ¡Oh!... a ti... no tengo nada que perdonarte... Lo que has hecho es la vida... Tú, en cuanto tú, eres... irresponsable.

GABR. ¡Pero... perdóname!

ESTR. (*Fría.*) Estás perdonado desde antes de pecar. ¡Muy buenas noches!

GABR. (*Siguiéndola.*) ¡Pero así no, así no!

ESTR. (*Con inocencia.*) ¿Pues cómo?

GABR. (*Con cariño.*) Perdóname del todo. (*Se acerca mucho a ella.*) Olvidando...

ESTR. (*Apartándose con un movimiento brusco.*) También...; te juro que, en cuanto no te tenga delante, olvido... hasta que existes.

GABR. (*Con enojo.*) ¡Estrella!

ESTR. (*Inocente.*) ¿Qué más quieres?

GABR. (*Volviendo a acercarse cariñoso. Ella, como antes, le deja casi que la abrace para apartarse luego.*) ¿No te dice nada tu propio corazón?... ¡Estrella..., te quiero... no te he dejado nunca de querer!... (*Volviendo a acercarse.*) Estrella..., un extravío..., una locura..., ¡peor, una sandez! ¡Pero te quiero! (*Casi abrazándola y ella casi dejándose abrazar.*) ¡A pesar de todo..., por encima de todo... te quiero! Eres tan buena..., tan bonita..., tan inefablemente tú..., como ninguna..., vuelve a mí, no me rechaces... (*Ella baja los ojos sin apartarse.*) Después de todo he sido... tu primer amor... ¿No te acuerdas?... (*Sonriendo.*) ¡Soy... tu marido!

ESTR. Sí... ¡Y volveremos al punto de hace cuatro meses! ¡El dulce triángulo! ¿No? (*Apartándose.*) ¡Qué cosa tan cómoda! ¡Yo, tú y ella!

GABR. (*Con apasionamiento.*) No, no. Porque ella ya no existe.

ESTR. (*Melodramática.*) ¡Se ha muerto!

GABR. (*Bajando la cabeza.*) No se ha muerto..., pero... para mí...

ESTR. (*Violenta.*) ¿Te ha mandado a paseo?

GABR. (*Fatuo, sin poderlo remediar.*) ¡Ella a mí!

ESTR. Entonces... eres tú quien se ha cansado de ella... (*El hace un gesto entre modesto y fanfarrón.*) Como antes te cansaste de mí...

GABR. ¡No hagas comparaciones odiosas!

ESTR. (*Con enojo.*) Estás... vacante... y vuelves ¡a pasar el rato!... (*Mirándole de arriba abajo.*) Hijo de mi alma, ¡no tienes vergüenza!

GABR. (*Ofendido de veras.*) ¡A insultarme no tienes derecho!

ESTR. (*Violenta.*) Ni la tendría yo si ahora... ¡Dios me ampare! (*Con ira.*) ¡Vete!... ¡Márchate!... Ahora sí... ¡Te aborrezco! ¡Te odio! ¡Vete!

GABR. Pero, ¿por qué? ¿Por qué? ¡No te comprendo!

ESTR. ¡No me comprendes! ¡Te has cansado!... En las nieves del Mont Blanc... hace frío... hasta en el mes de agosto... y quieres descansar en el nido caliente y elegante..., junto a la esposa tonta y resignada...

GABR. ¡No es eso! ¡Te juro que no es eso!

ESTR. ¿No?

GABR. ¡No me agravies más de lo que merezco! (*Acercándose con cariño.*) ¡Escúchame!...

ESTR. (*Sentimental.*) ¿Qué mal te he hecho yo nunca? (*Apartándose.*) ¡Déjame! (*Llorando.*) Sola puedo vivir..., pero en paz...

GABR. ¿Por qué has de vivir sola estando yo aquí?

ESTR. (*Llorando.*) El amor le he perdido... Mía será la culpa por no haberle sabido sujetar. (*Con altivez.*) ¡Pero a que me respetes tengo derecho!

GABR. (*Con insistencia cariñosa.*) ¡No has perdido nada!... Yo sí, porque he perdido la fe que tenías en mí... No me quiero vestir plumas ajenas ni darme por mejor que lo que soy... He vuelto..., no cansado... ¡perdóname!... Creía estar cogido para siempre... ¡y no!... He roto... casi involuntariamente...; pero, al romper, ¡he sentido de pronto una alegría tan inesperada!... ¡Era libre!... ¡Libre para ti!... Créelo, que es de veras... No lo sabía, pero lo he aprendido... te tengo en la raíz del corazón. Sí, quiero el nido tibio..., necesito el calor y el perfume y la gracia de toda tu persona... cuerpo y alma...; tu nido..., que es el mío... ¿verdad? (*Acercándose.*) ¿Por qué le has hecho, cuando yo estaba lejos, tan bonito y tan tibio?

ESTR. ¡Ay, para distraerme! ¡Ya que duermo sola, quiero dormir bien!

GABR. (*Con calinería.*) Estrella..., déjame... estar a tu lado...

ESTR. (*Defendiéndose con coquetería mimosa.*) No..., no puedo.

GABR. (*Insistiendo.*) A prueba... ¡Tú has de ver el marido que

tienes de hoy en adelante!... ¡Para un concurso de enamorados firmes!...

ESTR. (*Hosca de pronto.*) ¡No!

GABR. (*Acercándose precipitadamente a buscarla.*) ¡Sí!... (*La abraza.*)

ESTR. (*Rebelde.*) No..., suelta..., no quiero... ¿A qué perfume hueles? (*Le rechaza con violencia.*)

GABR. (*Sujetándola encandilado.*) ¿Y tú... y tú?

ESTR. (*Defendiéndose.*) No, no.

GABR. ¡Me quieres! (*Sujetándola.*) ¡Tú también..., lo sé..., lo veo... y eres mía!

ESTR. ¡No! (*Se arranca de él violentamente.*) ¡No soy tan despreciable!

GABR. (*Dolido y confuso.*) ¿Tanto lo soy yo para ti?

ESTR. (*Con un poco de desvarío.*) No sé..., déjame..., vete..., es imposible... ¡No soy un trapo que se toma y se deja!...

GABR. ¡Me quieres! (*Con afirmación varonil.*)

ESTR. ¡No, no y no! ¡Vete ya!

GABR. (*Casi con amenaza.*) Mira que he venido a pedirte perdón... humildemente...; mira que te prometo amor y lealtad... ¡No hagas irremediable un error que todas las mujeres perdonan, y que yo tengo tan buena voluntad de remediar!... Si me marcho..., si dejas que me vaya...

ESTR. (*Con arrogancia, ofendida.*) ¿Qué?

GABR. (*Conteniéndose.*) Nada... Pero... piénsalo... Ten un poco de compasión...

ESTR. ¿De ti?...

GABR. Y de ti misma...

ESTR. ¡Vete, vete, vete! (*Con ira.*)

GABR. ¡Estrella!...

ESTR. ¡Déjame ya!

GABR. ¿Tú lo quieres? (*Da un paso hacia la puerta y se detiene esperando a que lo llame.*) ¡Está bien!... ¡Buenas noches!

ESTR. ¡Que descanses! (*Le vuelve la espalda. El, después de esperar un momento más, sale dando un portazo. Estrella le mira salir con expresión ambigua...; se alegra, se entristece, vuelve al centro de la habitación y se queda inmóvil con el ceño fruncido. Entra por la puertecilla de escape Fernanda y se queda mirándola en silencio.*)

ESTR. (*Con alegría, hablándose a sí misma.*) ¡Me quiere, me quiere!

FERN. (*Sin moverse.*) ¡Y le dejas marchar!

ESTR. (*Con voz opaca.*) Sí...

FERN. ¿No le quieres tú a él?

ESTR. (*Con rebeldía.*) ¡Sí!

FERN. ¿Entonces? ¡No te entiendo!...

ESTR. Yo tampoco... Tengo alegría..., no lo puedo negar..., tengo alegría... Es mío...; otra vez mío..., lo sé...; esas cosas se sienten..., lo mismo que sentí que me lo quitaban...; es mío..., me quiere...

FERN. ¿Lo dices con tristeza?

ESTR. Con rabia de mí misma... Me le habían quitado... Para recobrarle he empleado ardides de mala fe..., he fingido..., he mentido..., os he obligado a todos a ayudarme en mi engaño...

FERN. Todo es lícito para defender lo que es de una, para salvar la felicidad...

ESTR. No sé...; puede... Lícito... ¡por lo menos todo es necesario! Pero era nuestro amor, al menos para mí, una cosa tan limpia, tan verdadera, tan de cristal... Por eso nunca me había pasado por el pensamiento la necesidad de defenderle... ¡Y ahora sé que es de barro y frágil... y no demasiado puro... y que tengo que defenderle, si no quiero que otra vez me le quiten, precisamente poniendo en él algo de la bajeza y la impureza con que habían logrado robármele...; y claro que lo haré, (*Con apasionamiento.*) y con toda mi alma, y con todo mi cuerpo, para conservarle, puesto que no puedo vivir sin él! ¡Pero, ¿qué quieres?, me desprecio un poquito a mí misma al comprender que puedo contentarme con un amor... que no es oro de ley!

FERN. ¡A ver si ahora te vas a amargar el triunfo!

ESTR. (*Con exaltación.*) ¡No, no...; eso no! ¡Tengo una alegría..., buena y mala a un tiempo..., pero tan grande... a pesar de todo! Me he hecho mujer de pronto... Sé que soy capaz hasta de hacer sufrir... ¡y me alegro!... Cuando se ha marchado..., cuando no le he llamado..., ¡se lo he visto en los ojos!..., casi me odiaba, a fuerza de quererme... o de desearme... ¿Es lo mismo?... ¡No lo sé, ni me importa! ¡No quiero que me importe!... ¡Es mío..., eso es lo único..., es mío!

FERN. (*Acariciándola.*) Estás nerviosa..., tiemblas..., te has puesto pálida... ¿Quieres que llame?

ESTR. No, no..., estoy bien...; cansada, pero bien ...No necesito nada... ¡A dormir, a dormir!... ¡Tú también debes estar rendida!... ¡Gracias, Fernanda, gracias por todo! (*La abraza apasionadamente.*)

FERN. ¡Tonta! (*La abraza a su vez.*) ¡A la francesa!

ESTR. (*Mirándola con asombro.*) ¿Temes?... ¿Ya?...

FERN. (*Riéndose.*) ¡No, mujer, qué tontería!... Mi Carlos es un ángel... y me adora... No temo..., pero pienso: Lucifer era también un ángel... y dió la voltereta... Así es que... por si acaso... tomo mis precauciones...

ESTR. ¿Tan pronto?

FERN. ¡Uy! Desde el primer beso... ¡Me muero de sueño!... Hasta mañana... ¡Duerme tú mucho para estar guapita! (*La abraza y sale.*)

ESTR. (*Sola.*) ¡Ay!... ¡Me parece que he resucitado!... Tenía una losa sobre el corazón... (*Suspira.*) ¡Cómo le quiero!... ¡Más de lo que creía!... (*Va hacia la cama, pero se detiene y mira hacia la puerta.*) Si volviera... (*Con seguridad.*) ¡Volverá! (*Con miedo repentino.*) ¿Y si no vuelve?... (*Sonriendo.*) ¡Porque también él tendrá su

orgullo! (*Dando un paso hacia la puerta.*) Si yo fuera a buscarle... (*Con decisión.*) ¿Por qué perder una hora de felicidad? (*Vacila.*) ¡No!... (*Da otro paso.*) ¡Pero sí!... (*Se acerca a la puerta y va a abrirla, pero se detiene escuchando.*) ¡Ah..., está ahí!... (*Echa el cerrojo con precaución.*) Quiere abrir. (*Con ilusión y casi vencida.*) ¿Abro? (*Con decisión, sonriendo maliciosamente y apartándose de la puerta.*) ¡No! Me voy a la cama... ¡Hay que ser fuerte... por lo menos hasta mañana! (*Apaga la luz, se quita la bata rápidamente y se mete en la cama, arropándose hasta la frente, mientras cae el telón.*)

FIN

ENRIQUE GARCIA ALVAREZ Y FERNANDO LUQUE

CALIXTA, LA PRESTAMISTA
O
EL NIÑO DE BUENAVISTA

SAINETE MADRILEÑO EN UN ACTO

MÚSICA DEL

MAESTRO LUNA

Estrenado en el teatro Apolo, de Madrid, el 8 de Octubre de 1925.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CALIXTA	Sra. Andrés (C.).
PIEDAD	» Galindo.
CLEMENCIA	» Albertos.
VERBENERA 1.ª	Srta. De la Vega.
NARCISO	Sr. Gallego.
CELESTINO	» Navarro.
DEMETRIO	» Rodríguez (L.).
CHAMORRO	» Sotillo.
TIMO	» Stern.
VALE	» Martínez.
CHAUFFEUR	» Iborra.
VENDEDOR 1.º	» Icabalceta.

Vendedores. Verberas y verberos.

ACTO ÚNICO

La escena representa una explanada en una verbena madrileña. A la derecha, un puesto de refrescos con mostrador al fondo y anaquelería; mesas y sillas, en primer término, y una empalizada cubierta de cadeneta y ramaje que la separa del resto de la escena, y en la que hay una puerta que da paso a la explanada. Una tira de lienzo, bien visible, colocada en lo alto de la parte del puesto, que da al público, ostenta la siguiente inscripción:

«PALACE-NIZA»
SUCURSAL DE CENICERO, 1
CASA CHAMORRO

Y en otros cartelones, convenientemente distribuídos, se leen estos letreros:

De siete a diez, se asan chuletas.
De una a tres, se asan los camareros, a pesar del toldo.
Abundancia y economía.
Vino «El Anciano». Vino bueno.
Tenemos toda clase de refrescos, desde zarza pa alante.
Hay organillo, pero se le están poniendo unas piezas.
Hay café, hay gambas, hay fiambres, y si alguno se marcha sin pagar..., ¡ay su abuela!

A la izquierda, en segundo término, entrada a una barraca, sobre la que se lee:

MUSEO DE LOS MONSTRUOS

El hombre-bestia y la mujer-cafre. Unicos fenómenos visados por el Comité Internacional de Exploradores de Nicaragua (Estados Unidos).

(Con grandes faltas de ortografía.) En este mismo lado, y en primer término, un tiro al blanco, que representa la fachada de un castillo, de cuya puerta, cerrada, descienden unos raíles que van a parar a la tarima desde donde se dispara, en la que habrá dos rifles y unas flechitas. En la almena del castillo se lee: «Tiro de la

Manuela». Al fondo, otros puestos de baratijas, entre los que se destaca uno, con esta leyenda: «El delirio en jarras». Practicables a izquierda y derecha. Es de día. Primeras horas de la tarde. Se oye un organillo lejano.

MÚSICA

VE. 1.º ¡Al helao! ¡Al helao!
Que está más sabroso
que el pavo trufao,
y que el que lo prueba,
cuando ha terminao,
queda como si uno
le hubiera anunciao
que a su pobre padre
le han asesinao.
¡Al helao! ¡Al helao!
Llevo barquillitos
y un acorazao.
Llevo aquí galletas
para el mantecao.
Llevo aquí dos horas
y no me he estrenao.

CHAMO. ¡Mi madre, qué gritos!
¡Estoy alelao!

VE. 1.º ¡Al helao! ¡Al helao!

VE. 2.º (*Con un armadijo, en el que lleva instrumentos y gorros de cartón.*)
¡Cascos! ¡Cascos y charrascos
para ir de formación!
(*Al 1.º*) Vente a la tasca, León;
a que nos sirvan dos frascos,
que con esta insolación
se me calientan los cascos
y se despega el cartón.

VERBS. (*Por la izquierda.*) ¡Mira, ya está Paganini!
Vamos al soplen. (*Al Vendedor 2.º*)
Denos tres fagots,
joven musical.

VE. 2.º Se ejecuta fácilmente Parsifal.

VERBS. Con nuestra banda
sobra la Municipal.

VE. 2.º Pues natural. (*Los verbeneros se encasquetan unos gorros, cogen varios instrumentos y, alegremente, hacen mutis por foro derecha. Los vendedores, por la izquierda.*)

TIMO. (*En la puerta de la barraca.*) ¡Adelante, señores, adelante! Pasen y verán el verdadero hombre primitivo, el habitante de las selvas completamente vírgenes, el ser racional que se alimenta de las raíces de las plantas y cría sus hijos con plantillas; el auténtico cuadrumano, el hombre más mono del mundo; indígena verdad; salvaje garantizado. ¡No se detengan! Pasen y verán también la dama cafre, único ejemplar del Planeta, cogida a lazo en un bosque de la Australia, y bautizada con el nombre de Juana Expedita por las damas catequistas en San Francisco de California. Pasen a ver la dama Juana y al Primitivo. ¡A real la entrada! ¡A real! Niños y militares, también un real. Aquí no se rebaja a nadie. ¡A real! A real pa dentro y gratis pa fuera. Vayan pasando sin aglomerarse. Bueno: me estoy gastando la saliva lo que se dice en *clown*. En esta barraca no entra ni el oxígeno. La gente de este barrio no tiene curiosidaz ni aseo. (*Suena dentro de la barraca un aullido espantoso.*) No te molestes en hacer el hotentote, que le estoy hablando a la atmósfera.

MONST. (*Dentro.*) Si es que bostezo.

TIMO. ¡Ah, ya! Creí que imitabas el aullido de un zulú.

MONST. Es que me aburro como un hongo en verano.

TIMO. Bueno, pues toma un pito. (*Saca un cigarrillo y entra en la barraca.*)

CHAMO. (*Al Camarero, que ronca de bruces en una mesa.*) ¡Tú, Vale! ¡Eh, arriba!

CAMA. ¿Qué pasa?

CHAMO. ¡Qué va a pasar! Que si encima de la poca voluntá que hay pa entrar en el merendero, os ven roncar, pues no entran ni los tullidos a pedir limosna.

TIMO. (*Saliendo de la barraca y entrando en el merendero.*) Muy buenas. ¿Serían ustedes tan amables que entraran otras dos grosellas ahí a los monstruos?

CHAMO. ¿Otras dos? ¡Pero si hoy van ya catorce, y hay apuntás en la pizarra ciento seis en lo que va de verbena!

TIMO. Señor, si no lo discuto, y to se pagará en cuanto entren cuatro personas en la barraca.

CHAMO. Ilusiones del pobre bestia ése. Porque yo, hasta ahora, no he visto entrar más que un guardia con una papeleta.

TIMO. Ya lo sé. Y ¿sabe usté lo que les dijo el guardia? Que en la vida había visto una cosa igual.

CHAMO. ¿Igual de qué?

TIMO. Que eran unos verdaderos monstruos.

CHAMO. ¿Sí, eh?

TIMO. Que eso de abrir la barraca sin pagar al Ayuntamiento, que era una mostruosidad. Y nosotros le dijimos que en cuanto hiciéramos balance se abonaría to cristianamente. (*Coge el botijo y bebe.*)

CAMA. El Ayuntamiento hará lo que quiera, pero yo he acordao por unanimiedad que me paguen las ciento seis limonadas, los catorce dobles y los veintitres cafeses... Fíjese usted el líquido que arroja.

TIMO. Cuarenta y siete pesetas.

CHAMO. No, si lo digo porque me está usté salpicando los pantalones.

TIMO. Es que estoy sediento.

CHAMO. Como que da usté más voces que Urgoiti.

TIMO. De modo que de las grosellas, ¿qué hay?

CHAMO. Que hay grosellas, pero no me dá la gana de servírselas. Y de lo referente al cobro del déficit, ahora mismo me pagan a mí esos mostruos lo que me deben, o es posible que usté esta tarde no dé función por defunción.

TIMO. Hombre, no se ponga usté así.

CHAMO. ¿Estamos? Porque a mí se me saca el Atlántico en bolitas viendo yo buena fe y necesidad; pero en cuanto que me da en la bellota que es martingala, me pongo fuera de un servidor y soy capaz de cobrarle a Romanones.

TIMO. ¡So... siéguese el amigo!

CHAMO. De modo que yo cobro a éstos, pero que ya. (*Al camarero.*) Toma. Ahí te dejo las rodillas.

CAMA. ¿Pa qué?

CHAMO. Por si me las fracturan. Hasta ahora.

TIMO. (*Deteniéndole.*) Recapacite usté, señor Chamorro, que lo que hay ahí dentro es la apoteosis de la fiereza.

CHAMO. (*Al camarero.*) Tú. Dame la botella del ron. ¡A mí monstruos mcrosos! ¡Ja, ja! ¡Me bamboleo de risa!

TIMO. Yo creo que es una temeridad lo que va usté a hacer.

CAMA. (*Con la botella.*) ¿Quiés una copa?

CHAMO. No; trae. (*Bebe en la botella.*)

TIMO. Yo insisto en el consejo. Me parece una locura que interpele usté a un salvaje. (*Devuelve la botella.*)

CHAMO. Bueno: colosal. ¿Era de la Negrita?

CAMA. No. Jamaica.

CHAMO. Es lo mismo. Vamos pa dentro. (*Se dirige muy decidido a la barraca, y se oye dentro de ésta un aullido horroroso. Volviendo al camarero.*) Oye. ¿No has dicho que el ron era de Jamaica?

CAMA. Sí; de Jamaica.

CHAMO. No, hombre, no. Dame una de la Negrita, que tié más grados.

TIMO. Vuelvo a insistir.

CHAMO. Usté me deja a mí, que yo sé lo que tengo que hacer.

CAMA. (*Volviendo con otra botella.*) Toma.

CHAMO. (*Bebiendo.*) ¡Ajajá! *(A medios pelos.)* Esto es lo que yo quería. (*Bebe de nuevo.*) ¡Maldita sea mi existencia! (*Bebe más.*) A mí el que me lo bebe, me la paga. (*Bebe, y la devuelve vacía. Se dirige, tambaleándose, hacia la derecha.*) ¿A ver, donde está la barrica?

CAMA. Pero ¿quiés beber más?

CHAMO. La barraca. ¿Dónde está la barraca, que no la veo?

CAMA. Ahí está. Enfrente. *(Le enfila a ella.)*

CHAMO. Pues allá voy... ¡Me como los monstruos! (*Avanza, tambaleándose, hacia la barraca. Vuelve a oírse el aullido del monstruo, y Chamorro, dando un traspies, cambia la dirección y hace mutis por el foro derecha.*)

CAMA. ¡Eh! Señor Chamorro...

VALE. Déjalo, hombre, que puede que vaya a beber gasolina. ¡Maldita sea!... A su concencia va si rabian los monstruos. (*Entra en la barraca. El camarero vuelve a dormirse. Por la izquierda, Piedad, la señá Clemencia y el señor Demetrio. Piedad, que viene sollozando, entra de un empujón que le da la señá Clemencia.*)

CLEM. ¡Anda, y no me calientes, chica! ¡No me calientes!

DEME. Vamos, señá Clemencia, un poco de calma, que no se ganó Zamora en una locomotora. Tié usté que reflexionar que es madre, y aunque dice el adagio que donde hay patrón sale bien la confección, no osta para que guarde usté el respeto debido a un corazón lacerao por el desconsuelo.

CLEM. Pues que no me caliente. (*Amenaza con la mano a Piedad.*)

DEME. Pero si es usté la que viene calentando a la chica to el camino.

CLEM. Si es que... ¿No la está usté viendo, señor Demetrio? ¿Cuántas veces cree usté que la he dicho que se *enjuague* las lágrimas y que cese en el hipo, vamos a ver? ¿Es que no estamos haciendo to lo posible, en lo que cabe, pa dar con el paradero de su sobrino de usté?

DEME. Y lo que seguiremos haciendo, que ya lo dice el proverbio: «El que la sigue, es que le ha agradao.»

CLEM. Entonces, ¿pa qué llora de esa manera? Que venimos desde Amaniel sin dejar de jipar.

DEME. Y ¿qué va usté a hacerle, seña Clemencia? ¿Que jipa? Déjela usté que jipi.

PIED. ¡Si es que me da el corazón que lo voy a ver descuartizao!

DEME. Bueno; pero hasta que no lo veas, no llores, que ojos que no ven..., trastazo que te pegas.

CLEM. ¿De dónde va a estar ese chico en lonchas? ¿No hemos corrido todas las policlínicas, casas de socorro, comisarías y tiendas de embutidos?

PIED. Sí, señora.

CLEM. Pues entonces el accidente está descontao.

DEME. Por eso hay que pensar en el secuestro.

PIED. Tié usté razón, señor Demetrio. Lo han secuestrao. *(Sollozando siempre.)* ¡Pobre Narciso!... ¡Lo tendrán en una mazmorra, sin luz, con un jarro de agua na mas y dándole palos!

CLEM. ¡Claro! Si no toma más que agua, no le van a dar palillos.

PIED. No lo tome usté a chufla, madre, que ya sabe usté que tengo un corazón que no me engaña nunca.

CLEM. Eso, si. Que esta chica parece una pitonisa.

PIED. Y hoy me lo dice el corazón: ¡Lo encontramos descuartizao!

DEME. ¡Rebanada! Pero, oye, tú, ¡eso del pitonismo ¿esverdad?

CLEM. El Evangelio; que ésta lo acierta to, señor Demetrio. ¿Cuándo quiere usté que le eche las cartas?

DEME. No; que no se moleste.

CLEM. ¿Por qué?

DEME. Porque no escribo a nadie.

PIED. *(Sollozando más.)* ¡Ay, Dios mío de mi vida!

DEME. Bueno, pues ¡caray!, que me ha puesto nervioso y voy a tener que tomar una de Cazalla. Anda, pasa aquí al «Palace». *(Pasan al merendero.)*

PIED. ¡Ay, mi Narciso! ¡Ay, ¡Ay!

CLEM. ¡Que no me calientes, chica!

DEME. Gachó. Te hacías de oro inaugurando cacharrerías. *(Se sientan.)*

CAMA. Buenas tardes. ¿Qué van ustedes a tomar?

DEME. Yo, una bola. Aquí, la señora, «María Brichard», y la joven llorosa «Lácrima Cristy».

CAMA. Está bien.

DEME. Bueno, y tomemos la cosa con calma, señá Clemencia, que no por mucho madrugar amanece lloviznando.

CAMA. ¿Ha dicho usté una bola?

DEME. He dicho una verdá como un San Isidro, pongo por templo. Y oiga usté, mozo.

CAMA. Usté manda.

DEME. ¿Conoce usté por chiripa a un tal Celestino Blanco, que creo que está colocao en esta verbena?

CAMA. Precisamente he hablao con él hace un momento. ¿Quiere usté que venga?

DEME. Hombre, sí.

CAMA. Pues ahora mismo viene ese señor. Voy a llamarlo.

DEME. Vaya usté de prisa.

CAMA. Como una flecha. (*Va al tiro, toma una escopeta, apunta al blanco y dispara. Se abre la puerta del castillo y aparece Celestino Blanco con un frac rojo, calzón corto, zapatos de caña y una bandejita, en la que lleva un* bock *de cerveza. Rígido como un muñeco rueda por los raíles y va a detenerse frente al camarero.*) Oye, Celestino; ahí un caballero que desea hablarte.

CELES. ¡Ah! Pero ¿no ha sido premio?

CAMA. No.

CELES. Pues con tu permiso, que es Pilsen. (*Se bebe el* bock.) Me tienes a tus órdenes. (*Se dirige hacia el merendero.*) ¡Atiza, los perjudicados!... (*Saludándolos con gran finura.*) ¡Señor Demetrio! ¡Señá Clemencia! ¡Calle, Piedacita! Pero ¿cómo? ¿A qué se debe el elevadísimo honor de venir ustedes comanditariamente a los pies del rastrillo de mi sencillo castillo?

DEME. Siéntese usté, amigo Blanco, y refresque si gusta.

CELES. Hombre, con mil amores, porque la verdad es que con este *fraque* estoy asao.

CLEM. Pues más bien parece que está usté cocido.

CELES. Oye, Vale, pasa el paño por este borde, que siempr que vengo me llevo una lámpara al torreón.

DEME. Lamento que cuide usté tanto la pulcritud de la ves timenta, porque puede que se caiga usté al suel cuando le digamos lo que nos trae.

CELES. ¡Caray! (Te veo de venir.) ¿Qué ocurre?

DEME. Pues que hace cuatro días ha desaparecido Narcis sin dejar *hollo*.

CELES. ¡Aguanta! Pero ¿qué me refiere usted?

DEME. Y estoy yo y está aquí la joven, que como usté sab es su novia, que se nos ahoga en una jícara.

PIED. ¡Ay, Virgencita santa del Socorro! ¡Ay, San Juanit Crisóstomo! ¡Ay, mi Narciso! (*Llora.*)

CELES. Bueno, bueno; pero que yo me entere. Vamos a ver, Vale, una de patatas pa mí, que la fécula inspira mucho.

CAMA. Y ¿qué quieres pa las patatas?

CELES. Otra de aceitunas.

CAMA. ¿Y pa las olivas?

CELES. Un cangrejo.

CAMA. ¿El cangrejo lo tomarás lo último?

CELES. Sí; pa irme a casa. Conque venga el prólogo. ¿Decían ustedes...?

DEME. Que mi sobrino ha desaparecido hace cuatro días.

CELES. Cuatro días: muy bien.

CLEM. Y que hemos recorrido las «comis», casas de socorro, etcétera, y el misterio más absoluto.

CELES. Más absoluto: muy bien.

PIED. Y yo creo firmemente que mi Narciso está secuestrao en una mazmorra, sin luz ni alimento, y muy mal.

CELES. Muy mal: muy bien.

CLEM. Bueno, y que tenemos la cabeza de pensar lo que le habrá ocurrido al muchacho, igual que si nos hubiéramos leído la Guía de ferrocarriles de una cincuenta.

CELES. Pa una meningitis: muy bien.

DEME. Porque, vamos, es que nos hacemos los sesos mondarín y no se nos ocurre dónde pueda estar, porque usté ya conoce a Narciso. ¿No?

CELES. Señor Demetrio, esa pregunta *holga*, como la primera. Yo a Narciso, a más de conocerle, le quiero como si le habiá dao el ser... Lo que es, que es el ser más bueno, más dócil y más idóneo de toda España. Pocas personas, señor Demetrio, yo se lo digo a usté, muy pocas personas podrían comparársele.

CAMA. Las patatas.

CELES. Muy pocas.

CAMA. Las que entran en la ración.

CLEM. ¿No tengo ración, digo, razón?

DEME. Pues por eso le hemos llamao a usté; porque nos dijimos: «Vamos a ver a Celes, que hace tres noches le vieron con Narciso tomando unas copas en el «Mono Bar», y a ver si le contó algo de sus proyectos».

CELES. Efectivamente. Hace tres noches tomamos unas copas en el susodicho cuadrumano, sito en Carretas, once, y nada, estuvo muy poco locuaz, locuaz que me chocó.

CLEM. Pero ¿no notó usté algo de incoherencia, algo de estrabismo en la vista?...

PIED. Algo de falta de memoria.

CELES. Sí; le noté una falta de memoria bastante pronunciada.

PIED. ¿Sí, verdad?

CLEM. A ver.

DEME. A ver. (*Se aproximan a Celestino con mucha expectación.*)

CELES. Porque en la plaza del Progreso, casi al desembocar en Mesón de Paredes, de pronto, ¡zas!, me dan así en el hombro, vuelvo la cabeza, y el chico del «Mono Bar» que me dice: «Caballero: que se han ido ustedes sin abonar la docena de ojenes.» ¡Pobre Narciso!... Claro que le pidió mil perdones al muchacho y abonó la ronda, y no sé más, porque él tiró pa la de Valencia y yo pa la Colegiata.

PIED. (*Rompiendo a llorar a gritos.*) ¡Ay, madre mía, que Narciso no se acuerda ya dónde vive!... ¡Ay, que me voy a volver loca!

CLEM. (*Gritando más que Piedad.*) ¡Pero te quiés callar, so recondená; que la que se va a volver loca soy yo!...

DEME. (*Gritando más que Clemencia.*) ¿Quiere usté no dar esas voces, señá Clemencía? ¡Caray! ¡Que yo sí que estoy pa un manicomio!...

CELES. (*Gritando más que Demetrio.*) ¡Pero, hombre de Dios, no des esos gritos, que van a venir los guardias!

CAMA. (*Gritando más que Celes.*) ¡Bueno, señores, que no hay derecho a perturbar un local tranquilo y a que se queje la parroquia!

DEME. (*En tono natural.*) ¿Qué parroquia?

CAMA. La del Buen Suceso, que pué que lleguen los gritos.

DEME. Está bien.

CELES. ¡Callarse un momento!

TODOS. ¿Qué?

CELES. ¡Silencio!. . ¡Unos breves instantes!

TODOS. (*Con ansiedad, creyendo que se le ha ocurrido algo y que lo madura.*) ¿Qué?

PIED. ¿Qué es?

DEME. ¡Chisss!

CLEM. ¡No interumpirle!

CELES. No; que creí que me llamaba la señá Manuela. (*Murmullos de decepción.*)

DEME. ¡Ah! Pero ¿no es que se le ocurre a usté algo?

CELES. Sí; ya está... Ahora que caigo. Narciso me habló de Gijón.

PIED. ¿De Gijón?

CELES. Sí; me dijo que pensaba ir a Gijón a ver a no sé

quién, que le había hablado no sé cuándo, para hacer no sé qué.

DEME. (*Levantándose.*) Pues andando. A ver si está allí.

CELES. (¡Atiza!)

DEME. ¡Camarero! ¿Qué se debe?

CAMA. Dos noventa y cinco.

DEME. Dos noventa y cinco, señá Clemencia. Y arreando pa Gijón, que to hay que hacerlo con diligencia.

CLEM. Pero ¿es que hay diligencia pa Gijón?

DEME. Es un refrán. Señor Celestino, gracias por la pista, y hasta la vuelta.

CELES. Que el señor les ilumine a ustedes; sobre todo al volver, que será de noche.

DEME. Abur.

PIED. ¡Ay, que lo encontremos! ¡San Antonio bendito, te ofrezco un corazón de cera!... (*Llorando.*) ¡Ay! ¡Ay!

CLEM. (*Amenazándola.*) ¡Que no me calientes, chica! ¡Que no me calientes! (*Hacen mutis foro izquierda.*)

CELES. ¡Maldita sea! ¡Ya me he manchao el fraque!...

CAMA. Oiga usté, señor Blanco, y ¿qué es lo que le habrá ocurrido a ese chico?

CELES. Pues a ese chico... Bueno; yo supongo que tú serás discreto.

CAMA. ¿Quién, yo? ¡Soy un biombo!

CELES. Pues verás lo que ocurre... (*Va a la izquierda, mira y vuelve.*)

CAMA. Me tiene usté con un interés de usurero.

CELES. Tú ya sabes quién es Narciso.

CAMA. El niño de Buenavista.

CELES. Eso es. Sobrino del señor Demetrio y ahijao de don Paulo el jaulero, que ya conoces.

CAMA. El de Trajineros.

CELES. No, el de Ministriles; el que hace jaulas pa Beatas.

CAMA. ¿Jaulas pa beatas? Se me hace raro.

CELES. Pa Beatas, catorce: la pajarería del Cuco.

CAMA. ¡Ah, bueno!

CELES. Pues Narciso y esta chica tenían relaciones, y en esto ¡zas!, surge la señá Calixta la prestamista...

CAMA. ¿La de Nicolás Salmerón?

CELES. No; la de Andrés Borrego.

CAMA. ¡Ah, sí!

CELES. Pues surge y conoce al Niño de Buenavista, y se me enamora del muchacho como una tobillera. A mí me confesó su estao de ánimo, y tú ya me conoces: dije «aquí hay un negocio», y comencé a atizar el fuego

de su corazón de una forma que no se podía permanecer a su lao sin soplar.

CAMA. ¡Qué fogarata!

CELES. Reasumiendo: que me encargué de hablar a Narciso, y que le pinté un porvenir de fastuosidad tan pingüe, que va y me dice: «¡Basta! ¡Soy suyo!» Y al día siguiente se largó con Calixta, y me le tiene instalao en un hotelito del barrio de doña Carlota, con autopiano, lulú y una de satisfaciones a capricho, que ni que hubiera encontrao una garrota de virtudes.

CAMA. ¡Parecerá una cocotre!

CELES. Eso, sí; el muchacho, que como bueno es un bizcocho curda de Guadalajara, me está agradecidísimo, y la señá Calixta no te quiero contar. Fíjate qué preciosidad de cronómetro, termómetro, barómetro, me mandó el otro día de su establecimiento de compraventa. (*Enseña un reloj extravagante.*)

CAMA. ¡Recópel! ¡Qué aparato más complicao!

CELES. Da la hora, las medias y los cuartos. Anuncia el tiempo y las borrascas de la mar; te da la temperatura atmosférica y la tuya, porque si ties fiebre, te lo pones debajo del brazo y te toca «Las golondrinas».

CAMA. Dirás los golondrinos.

CELES. Oye, no te chufles. (*Se oye dentro la voz de Calixta y el Chófer.*) ¡Calla! ¿Qué pasa? (*Mirando hacia la primera izquierda.*) ¡Arrea! La señá Calixta despotricando con un chófer... Espera un momento. (*Hace mutis por primera izquierda.*)

CAMA. ¡Anda, pues es verdá! Es la señá Calixta de bronquitis con un chófer. En hablando del ruín de Roma, en un «taxi» asoma, como diría el señor Demetrio. (*Pasa al merendero. La señá Calixta, seguida del Chófer, por la primera izquierda.*)

CALIX. Bueno, bueno; déjeme de guarismos, que ahora no tengo yo la cabeza para multiplicaciones. (*Llamando.*) ¡Narciso!...

CHÓFE. Pero, señora, venga usté a razones. El contador marca treinta y cinco con sesenta, y yo ¿qué le voy ha hacer?

CALIX. Ese contador marca mal. ¡Narciso!...

CHÓFE. Marca mejor que una Singer, señora. Vengan las diez pesetas que me faltan en la cuenta, y no armemos belenes.

CALIX. Pero ¿dónde se ha metido ese chico? ¡Narciso!.. ¡Ciso!... ¡Cisín!... ¿No está por ahí, señor Blanco?

CELES. (*Dentro.*) No le veo.

CALIX. ¡Anda la caravana! Pero ¿dónde se habrá ido?

CHÓFE. Puede que a avisar a un guardia; como le dije que a mí se me abonaba el total o de una patá le estropeaba el charis.

CALIX. ¿Y hubiera usté sido capaz de pegar a un menor?

CHÓFE. Usté deme las diez, o va a haber bulla.

CALIX. Abusa usted de que no aparece mi hombre. Ahí van las diez, y conste, chófer, que usté me atropella.

CHÓFE. Está bien. Y pa otra vez desenganchen el tubo acústico, que se oye to... *(Mutis.)*

CALIX. ¡Narciso!... Bueno; yo me voy a volver loca...

CELES. (*Por la izquierda, de prisa*) Tranquilícese usté, señá Calixta, que ya le he encontrado.

CALIX. ¡Ay! ¡Gracias a Dios! Y ¿dónde está?

CELES. Tenga la bondad de darme quince pesetas.

CALIX. ¿Para qué?

CELES. Para abonar ocho fotografías humorísticas que se ha hecho ahí en la barraca que se titula «La Placa Guasona».

CALIX. ¡Anda la caravana! Y ¿para qué se ha hecho tanta «foto»?

CELES. Un capricho.

CALIX. Pues sí que es despreocupao. Esto de la fotografía le retrata. Bueno: ahí va. (*Le entrega dinero.*) Uno de cien. No tengo pequeños.

CELES. To llegará, señá Calixta. Voy pa que abone. (*Vase.*)

CALIX. ¡Qué chico!... ¡Qué chico es; pero qué monada! (*Mirando hacia la izquierda.*) Ya viene ahí. Como guapo es un embeleso, y como figura puede pasar por Apolo..., y tomar una delantera. Claro que he gastao lo mío en vestirle, pero le luce, porque el chico tie *chis.*

NARC. (*Asomando.*) ¿Se ha ido ya el *chaffeure?*

CALIX. Sí, mi vida. (*Se oye una bocina.*)

NARC. (*Avanzando.*) Lo siento.

CALIX. Y ¿pa qué te ibas tú a perder, nene mío?

NARC. Digo que lo siento marchar; que esa bocina debe ser la suya.

CALIX. No te preocupes. Ven acá, negro.

NARC. Mira, senegalesa: fijate qué ocho posturas me he hecho allí en aquella fotografía hilarante. (*Enseña varias cartulinas que trae en la mano.*)

CALIX. A ver. ¡Anda la caravana! Pero ¿qué es esto?

NARC. Yo, en aeroplano. Figura que surco el éter en un «Bleriot». Yo estoy aquí detrás agachapado entre dos cajones.

CALIX. ¡Ay, es verdad! Pero ¡qué bien! ¡Estás jamón!

NARC. No; estoy embutido.

CALIX. Bueno, es igual. Tó se come.

NARC. (*Enseñando otro.*) Mira aquí.

CALIX. ¡Jesús, qué risa! ¡De torero! ¡Ja, ja!

NARC. Fíjate qué pase le estoy dando a uno de Concha y Sierra.

CALIX. ¡Qué bárbaro! ¡Cómo das el pecho!

NARC. No; donde doy el pecho es en éste, que estoy de nodriza. Repara.

CALIX. ¡Qué exageración! ¡Qué bestialidad!

NARC. Son tretas del pintor, pa que ría la gente. (*Vuelve el señor Celestino.*)

CELES. ¡Caray! No se encontraba cambio del billetito, ni pa el Todopoderoso... He tenido que ir a un «tíovivo» a que me dieran la vuelta. Aquí la tié usté. ¿Qué? ¿Cómo ha encontrado usté al pollito en los clicheses?

CALIX. Pa tumbarse.

CELES. Usté siempre tan comodona. (*A Narciso.*) Y esto que llevas debajo del brazo, ¿qué es?

CALIX. Una oleografía que nos ha tocao en una tómbola.

CALIX. (*Desenrrollándola.*) Mire usté qué primor. Prim y O'Donnell en la guerra de Africa.

CELES. Es verdad. ¡Cómo luchan los soldados! Y qué bien está O'Donnell...

NARC. ¿Le ha conocido usted?

CELES. Digo que qué bien está, porque está a caballo.

CALIX. Pero ¡qué O'Donnell! ¡Si éste debe ser Prim!

CELES. A mí me parece O'Donnell.

CALIX. A mí, Prim.

NARC. Y a mí, su abuela.

CELES. Lo mismo da. El caso es que es precioso.

NARC. (*Enrrollándolo.*) Sí; pero yo tenía capricho por una araña preciosísima que había en la tómbola, pa haberla puesto en el recibimiento del hotel.

CALIX. Pero ¿qué dices? ¿Tenías tú capricho por aquella araña, y no me has dicho na?

NARC. Yo, para que completara el recibimiento.

CALIX. Pues claro.

NARC. Es que comprá sin rifa marcaba trescientas pesetas.

CALIX. Y ¿pa qué tengo yo la mosca, sino pa la araña y pa to lo que a ti se te antoje?... Ya es tuya. Siéntate ahí con el señor Celestino y refresca tan y míentras voy yo por el *ojebto*. Hasta ahora. Mira si mi cuerpo lo llega a saber... (*Le da un beso furtivo, y hace mutis primera izquierda.*)

CELES. Has hecho tu suerte, chieo.

NARC. Estoy como el pez en la piscina. Haga el favor de tirarme de las mangas, scñor Celestino, que se me contraen a cada paso. (*Tiende los brazos y Celestino le estira las mangas.*) Me está dando la tarde esta americana de *sport.*

CELES. Pues es la última.

NARC. Ya lo creo que es la última. La última que me hago en esa sastrería.

CELES. Bueno, tengo que hablarte antes que vuelva la señá Calixta.

NARC. ¿Qué acontece?

CELES. Que tu tío Demetrio, la señá Clemencia y Piedad te andan buscando.

NARC. ¡Me la he buscao!

CELES. Que han estao aquí a ver si yo tenía una idea de tu paradero, y que la idea que he tenido ha sido la de mandarlos fuera de Madrid.

NARC. ¡Ole! Muy bien.

CELES. Los he mandao lejísimos.

NARC. ¿Dónde?

CELES. No puedes figurártelo.

NARC. ¿A un puerto marítimo?

CELES. ¡Ajajá!

NARC. ¿A Jajá? ¿Dónde está eso?

CELES. Digo que ajajá; que los he mandao a Gijón.

NARC. ¿A Gijón? ¡Mi madre! ¡Qué punto!

CELES. De Asturias.

NARC. No; si me refiero a usted.

CELES. Conque ¡tuyo es el planeta que habitamos!

NARC. (*Entristeciéndose.*) ¡Pobre Piedad! ¡Cómo me quiere!...

CELES. ¡Y tú sabes lo que te idolatra la señá Calixta!

NARC. No, si yo no estoy descontento de su cariño. Que lindo objeto que ansío, «ipso facto» lo hace mío; pero usté no sabe lo que es llevar un año junto a un pecho turgente, aspirando el aroma de una carne joven, y de pronto sentirse acariciado por una foca polar y repelente.

CELES. Mira, Narciso, no seas romántico. A ver si lo que has ganado por bonito lo vas a perder por besugo. Que el amor es más dulce mirando un rostro joven y bello que contemplando un queso de Burgos, eso es de la época de Vigfredo el Velloso; que no es lo mismo besar una boca roja y carnosilla que depositar un ósculo en la raja de una hucha, lo saben los patagones; pero ¿y la buena vida, y la buena alimentación,

y la buena ropa, son un suplicio chino? No, no y no. Que un muchacho de tus condiciones físicas, con un talle que una palmera a tu lao es el Guernicaco Arbola, no debe pudrirse en una imprenta al lao de aquellos tipos...

NARC. Y esto es vivir emparedado en vida.

CELES. ¡Qué va a ser!...

NARC. Sí, señor Celes: soy un emparedado.

CELES. Eres un petisú. Palabra.

NARC. Yo no puedo más. Veo una modistilla y pierdo la cabeza con sombrero y todo.

CELES. Pues no te prives de nada; que su miaja de celos no le vendrá mal a la señá Calixta.

NARC. (*Mirando hacia la izquierda. Alegre.*) ¡Fíjese! ¡Fíjese qué verbeneras asoman por allí!

CELES. ¡San Pascual tanguista! ¡Qué álbum! (*Las verbeneras, por la izquierda.*)

MÚSICA

MODIS. En huelga declaradas
aquí llegamos
las de madán Cotí;
venimos a la *verbe*
todas alegres
a gozar de la *vi*.
Porque vivir no puede
una hija de Madrí
sin columpiar su cuerpo
subida en un tío *vi*.

ELLOS. ¿Dónde va lo bonito,
dónde va lo juncal,
dónde va lo garboso
con papeles por chal?

MODIS. Vaya un par de frescales;
la «tualé» les chocó;
tiene usté más ingenio
que el *esprí* de un *chapó*.
El mantón verbenero
de papel de Manila
en la Corte se estila
porque hay poco dinero;
si se lleva con salero
este chal papelero
vale tanto
como el de crespón.

ELLOS. Aquí a marcarse un chotis.
vendrá vuestra pandilla.
MODIS. Aquí a bailar venimos
todas de coronilla.
ELLOS. Pues a bailar
lo que se baila ahora en Madrid
y que es el paso
de la linda codorniz.
Fijarse que es un baile
la mar de divertido,
y al danzar hay que hablar
y cantar y saltar.
CELES. El macho la llama...
NARC. Y la hembra reclama.
CELES. Y va sin escama
si allí el macho está.
NARC. Y el macho entre tanto
dice así su canto:
¡Pa, pa, pa!
¡Pa, pa, pa!
CELES. Pajarito rebonito,
bello codorniz,
dame, dame tu patita
y seré feliz.
NARC. Pajarita, sabrosita,
mi patita ten
y bailando nuestra danza
ya verás qué bien.
MODIS. Que estos tíos están locos
me está dando en la nariz,
pero tienen unos golpes
propiamente de perdiz.
¡Ay, qué risa! ¡Cómo bailan!
Su meneo es un primor
y fijarse que reclaman
mucho más que un acreedor.
CELES. La hembra, coqueta...
NARC. ...da saltos, inquieta.
CELES. Y va, pizpireta...
NARC. ...de acá para allá.
CELES. Y el macho, entre tanto,
dice así su canto:
LOS DOS. ¡Pa, pa, pa!
¡Pa, pa, pa!
Pajarito, rebonito.
etc., etc.

CELES. Conque ya saben ustedes el último grito en bailes modernos.

VER. 1.º Y que nos lo vamos a marcar en el primer salón que encontremos.

CELES. ¿Las acompañamos, Narciso?

NARC. ¡No me tientes, Mefistófeles!

VER. 2.º Aquí, el pollo pera, ¿aguarda a alguien?

CELES. Usted lo ha dicho. Aquí el pollo espera.

VER. 1.º Pues aleteando, chicas.

VER. 2.º Y que nos guarde usté la cría del *fraque* para este Carnaval, que nos vamos a disfrazar de quisquillas. (*Ríen.*)

CELES. ¡Quisquillosa! (*Bis del rico y mutis de las verbeneras por la derecha.*)

CELES. ¡A vivir, chico!

NARC. ¡A vivir y a beber! Vamos ya pa dentro. (*Entrando en el merendero.*)

CELES. Ties razón: que la señá Calixta está al caer.

NARC. No; si yo lo hago por si vuelven Piedad y mi tío. (*Se sientan a una mesa.*)

CELES. Pero ¿no te he dicho que están camino de Gijón?

NARC. ¿Y usted supone que se lo han creído de veras?

CELES. ¿Que si se lo han creído? Como que a estas horas de ben estar por Avila.

NARC. Entonces ¿puedo estar tranquilo?

CELES. Completamente. (*Por el foro izquierda, Piedad, sollozando, Clemencia y Demetrio.*)

CLEM. ¡Que no me calientes, chica! ¡Que no me calientes!

PIED. ¡Perdido! ¡Perdido para siempre!...

DEME. Señor, que la cosa no es pa tanto. ¿Que se ha perdido? Bueno. Peor es que se hubiera perdido por darle a uno dos puñalás. Que el peor mal de los males es ingresar en penales. Y ya ves, te lo digo yo que soy... (*Mira al merendero, y grita.*) ¡Su padre!

CLEM. ¿Que es usté su padre?

DEME. ¡Narciso! ¡Allí!... (*Indica.*)

PIED. ¿Dónde?

DEME. Allí: hablando con Celestino.

CLEM. ¿Es posible?

PIED. ¡Sí! ¡Es él! ¡Mi Narciso! (*Avanza.*)

DEME. ¡Quieta!... Ese hombre nos ha dicho que estaba en Gijón. Aquí hay morrongo encerrao.

CLEM. Estoy con usté.

DEME. Callarse y venir pa aquí a ver si oímos lo que ha-

blan. (*Se acercan con cautela a la empalizada, y escuchan.*)

NARC. Y ¿a qué hora cree usté que llegarán a Gijón en el «taxi»?

CELES. Pues llegarán a eso de las doce, si no chocan, que yo creo que sí; porque la señá Clemencia tie una cara que choca en todas partes.

CLEM. ¡Ay, qué rico!

DEME. ¡Chiss! ¡Callarse!

CELES. No me negarás que he tenido un éxito. Porque así podrás circular libremente todo este período verbenero y cuchipandinearte con la señá Calixta.

PIED. ¿Eh? ¡Dios mío! ¡Una mujer!

DEME. ¡Chiss! ¡Callarse!

CELES. Claro que volverán, y que tu tío seguirá buscándote como un zorro, porque si tú no apareces, se le acaba el momio de vivir sin trabajar, que ha sido siempre su manía, porque tu tío, con tu perdón sea dicho, pero tie una frescura que le echa el aliento a un besugo y se conserva un año.

DEME. ¡Ay, su abuela!

PIED. ¡Chiss!

CLEM. ¡Cállese usté!

CELES. (*A Narciso, que ha sacado una carta y la lee.*) Pero, bueno, ¿qué es eso que lees que haces pucheros?

NARC. Una carta de Piedad, que me escribió el día antes de mi fuga con la señá Calixta...

PIED. (*Dando un grito.*) ¡Ah, infame!

CLEM. ¡Ah, ladrón!

DEME. (*A Piedad.*) ¡Chiss! Llora pa dentro, que no se oye.

NARC. Es una carta que no puedo olvidar, porque parece que lo presentía to. Tie un párrafo que hace llorar a una pandereta.

CELES. ¿Qué dice?

NARC. Aquí, al final. Fíjese usté. (*Leyendo.*) «Y si tú me abandonases ahora, ¿qué sería de mí? ¿Quién lavaría mi honra?»

CLEM. ¿Eh?

CELES. ¡Relavabo! Eso ¿qué quié decir?...

NARC. Pues esto quié decir, señor Celestino, que la madre de Piedad va a ser abuela...

DEME. ¡Mi abuela!

CLEM. ¡Piedad! ¿Tú?

PIED. Sí, madre mía.

CLEM. ¡Ah! (*Da un grito. Piedad se echa en brazos de su madre, ocultando el rostro.*)

NARC. CELES. ¿Eh? (*Escuchan.*)

CLEM. ¡Hija!

DEME. ¡Chica!

CLEM. ¡Se ha desmayao!

CELES. ¿Oyes?

DEME. Pásela usté pa darle agua.

NARC. ¡Esa voz!...

CLEM. (*Entrando al merendero con Piedad.*) ¡Agua!

DEME. ¡Agua!

CLEM. ¡Agua!

NARC. (*Al verlos.*) ¡La mar!

CELES. ¡El diluvio! (*Se levantan.*)

DEME. ¡Quietos ustedes, que tenemos que celebrar una interviú! (*Ayuda a sentar a Piedad en una silla. El camarero, que acude, trae agua. La señá Clemencia echa aire a su hija, y le da el agua, etc.*)

NARC. ¡Ay, señor Celes, que no me llega la camiseta al ombligo, de corta que es!

CELES. Serenidad y sangre congelá.

DEME. (*Volviendo a Celestino.*) ¿Conque decía usté que éste estaba en Gijón?

CELES. Pero ¿han ido ustedes a Gijón?

DEME. Y lo hemos recorrido todo.

CELES. ¿Es posible?

DEME. Desde la terraza hasta los billares.

CELES. ¡Ah! ¿Pero ustedes donde han ido es al café?

DEME. Natural; al café de Gijón.

CELES. (*A Narciso.*) ¿Qué te parece? ¡Ten ideas para esto!

CLEM. ¡Hija! ¡Hija de mi alma!

PIED. ¡Madre!... ¡Estoy perdida! ¡Perdida!

NARC. Ya vuelve, ¿verdá?

DEME. ¡Qué va a volver, si está perdida!

CELES. ¡La que va a volver es la señá Calixta! (*Sale a la puerta.*)

PIED. ¡Ah! ¡No quiero verle! ¡Es un canalla! (*Rechazando a Narciso.*)

NARC. ¡Piedad!

CLEM. ¡Miserable, ladrón!

NARC. ¡Clemencia!

CLEM. ¡Yo te arreglaré, y a esa señá Calixta, por ésta que la clavo los diez dedos así en la cara, de arriba abajo!

PIED. ¡Y yo la muerdo!

DEME. ¡Y yo la mondo! (*La señá Calixta, con una araña por la izquierda.*)

CALIX. (*A Celestino, que está en la puerta del merendero.*)

Ahora verá usté qué recibimiento.

CELES. ¡La araña! (*Acude a Calixta.*)

CALIX. Eche usté una mano, pa entrarla en alto. (*Va a entrar.*)

CELES. (*Deteniéndola.*) No, señá Calixta.

CALIX. ¿Qué pasa?

CELES. Pasa, que no pase usté ahí dentro, si no quiere salir como una breva.

CALIX. Pero ¿qué breva?, digo ¿qué pasa?

PIED. (*Levantándose de un brinco y atropellando a los que la atienden.*) ¡Que no lo quiero ver!... ¡Vámonos, madre, vámonos! (*Sale fuera del merendero. Todos la siguen.*)

CLEM. Pero, hija...

NARC. ¡Piedad!

DEME. ¡Muchacha!...

PIED. (*Al ver a la señá Calixta da un grito y se detiene.*) ¡Ah!... ¿Usted?

DEME. ¡La prestamista!

CLEM. ¡Doña Juana la Viruta!

NARC. (Una cogida con aparato.)

CALIX. Yo. Sí. ¿Qué?... (*Dándole a Celestino la lámpara.*) Ahí va eso.

CELES. ¡Otra lámpara!... Me despide la Manuela.

MÚSICA

DEME. Es usté la dama
que sin aprensión
se llevó este pollo
trincao de un alón,
y le ha vuelto loco
yo no sé con qué.
Mil enhorabuenas,
y chóquela usté.

CLEM. Usté con billetes,
casi tos robaos,
y dejando en cueros
a cien desgraciaos,
compró, sin reparos,
este maniquí.
Que será precioso
pero es un gilí.

PIED. Yo inocente en paz vivía,
pues fié en su juramento,
que juró que me quería
con pasión y arrobamiento,
y to fué palabrería

y falsía y fingimiento.

DEME. Si yo sé esta porquería
de un tortazo lo reviento.

CALIX. Yo no sé a qué viene
tanto guirigay,
ni tanta jindama,
ni tanto ayayay,
que esto paece un drama
a lo Echegaray.
Yo soy esa dama;
¿qué ocurre? ¿Qué hay?

CELES. Yo suplico a ustedes
gran circunspección,
y a a ver si encontramos
una solución.
Solución yo creo
que alguna ha de haber,
y si no se busca
la de *Potover*.

DEME. Usté aquí se calla.

NARC. ¡La que se va a armar!

CLEM. Silencio un instante,
que yo voy a hablar.
Mi chica, que es un trozo de jalea,
y más inocentona que un *sangüis*,
se enamoró cegá de esta lamprea
y se han estao dos años vis a vis.
El chico también tuvo su demencia,
y estuvo enamorado de Piedad,
y, claro, cometieron la imprudencia
que es tan característica en su edad.
Y llega en esto éste
y va y dice al cajista
que cueste lo que cueste
se vaya con Calixta,
y el muy positivista
se deja abandoná
por una prestamista
una muchacha honrá.
¿Es esto cierto?

CALIX. Claro que sí;
pero es que ahora
se me oye a mí.
Ustedes se figuran
que yo he cogido,
talmente que un polluelo
que está en el nido.

al joven circunspecto
que nos escucha
callao, porque vergüenza
le sobra mucha.
Pero ustedes padecen
errores graves:
yo no subo a los nidos
a coger aves.
El se vino a mis brazos
porque me quiere,
y si no que declare
la que prefiere

CLEM. Que él lo declare;
pues no que no.

PIED. Yo es lo que anhelo.

DEME. Y yo.

CELES. Y yo.

DEME. Ven aquí, so insensato,
pa saber la verdá;
dí por quién te decides:
por aquí o por acá.

NARC. Se me ha hecho un nudo
sobre la nuez;
yo sudo engrudo,
yo sudo pez.

PIED. No te obceques y recuerda
lo felices que hemos sido.

CALIX. Ten en cuenta mis obsequios
y el *Renol* que t'he ofrecido.

PIED. Me juraste...

CALIX. Me ofreciste...

PIED. Serme fiel.

CALIX. Tu monopolio.

PIED. ¡No me dejes!

CALIX. ¡No la escuches!

NARC. ¡Yo me voy a desmayar!

DEME. Decide pronto,
confiesa ya
si es la Calixta
o es la Piedad.

NARC. Pues es la...

DEME. Dilo,
no seas pipiolo.

PIED. Mia que hay venenos.

CALIX. Mia que hay vitriolo.

DEME. Pero, pingüino,

¿quieres hablar?

NARC. Si es que no acierto
más que a sudar.

TODOS. (Etc.)

HABLADO

DEME. Bueno. Visto y fallao. Tú, Narciso, a coger del brazo a esa paloma y a llevártela al nido y a pagar la deuda que ties con ella, y a lo hecho biberón.

NARC. Es que...

DEME. ¡Hala!

PIED. No, señor Demetrio. De ninguna manera. Muchas gracias por su interés; pero lo he visto con una claridá que m'ha cegao. Narciso ya no es mi Narciso, y yo a la fuerza no quio na. ¡Na!... Que se quede con ella, que, después de to, le hará mucho más feliz con sus billetes, que yo con mi corazón, aunque sea de oro de ley. Conque, vámonos, madre...

CLEM. Sí, hija, vámonos; que vales tú mucho pa implorar un afecto. Dios dirá, y lo que sea...

DEME. Llorará.

CLEM. De modo que salú pa ahorrar específicos, y que bendiga el enlace el patriarca de las Indias.

PIED. Vamos.

CLEM. *Arre voire.* (*Hacen mutis primera izquierda.*)

NARC. (*Con un arranque.*) ¡Se va!... ¡Y me desprecia!... Pues no, ¡ea!... ¡A mí, no!... ¡Piedad!... ¡Piedad!... (*Mutis, corriendo por la primera izquierda.*)

CALIX. ¡Narciso!...

CELES. Pero, ¡so loco! (*Iratan de ir tras él, y el señor Demetrio rápidamente coge una escopeta del tiro y se interpone, apuntándolos.*)

DEME. ¡Che! !Alto! ¡Al que se mueva, le flecho!

CALIX. ¡Anda la caravana!

CELES. ¡Señor Demetrio!...

DEME. Tú, Fra Diávolo de fra: a tu castillo. (*Le amenaza con la culata.*) ¡So tronera! (*Celestino huye al blanco*)

CALIX. ¡Pero, señor Demetrio! ¡Déjeme usté que le detenga, que le hable!... ¡Por piedad!

DEME. Pues por Piedad lo hago, señora.

CALIX. (*Desesperada*) ¡Ay, que se va con ella! ¡Ay, que a mi me va a dar algo!

DEME. A usté no la va a dar nada, que yo conozco a mi hijo. No se apure usté.

CALIX. ¡Ay! ¡Qué va a ser de mí ahora, Virgen de la Soledad! Desgraciada, vilipendiada, abandonada y hollada, señor Demetrio, porque yo también estoy hollada.

DEME. ¿Como hollada?

CALIX. Sí, señor, hollada, que no sé cómo decírselo a usted de una forma más gramatical. Que si su sobrino tiene un deber que cumplir con esa doncella, también lo tiene que cumplir conmigo.

DEME. ¡Arrea!

CALIX. Y yo creo que de esto se hará usté cargo.

DEME. Que se lo haga la Diputación, señora.

CALIX. ¡Encima de lo que yo me he gastado!

DEME. ¿Lo ve usté? Si el refrán no marra. «Quien a ajeno can da pan, pierde pan y pierde can.»

CALIX. Y que lo diga usté. Que Narciso se me ha comido en diez días una libreta.

DEME. ¿Nada más? Eso es que ha estao inapetente.

CALIX. Una libreta de cinco mil duros que tenía en el Monte.

DEME. ¿Y a eso le llama usté una libreta? ¡Eso es la Panificadora de Romanones!...

CALIX. ¡Ingrato! ¡Y yo que además le había prometido comprarle una cartilla!

DEME. A ver si se cree usté que el chico es analfabeto.

CALIX. Una cartilla de otros cinco mil duros en el Ahorro Postal.

DEME. ¿De otros cinco mil?

CALIX. ¡Ay! ¡A mí se me va la cabeza! (*Se tambalea.*)

DEME. (*Soltando la escopela y corriendo en auxilio de Calixta.*) ¡Señora, por Dios!... Reclínese usté en mí y tenga la bondad de pasar y sentarse, y serenarse, que, como dice el proverbio, «Con paciencia y una caña se hace usté una pipitaña». (*La pasa al merendero y la sienta.*)

ALIX. ¡Ponga usté todo su amor y todas sus alhajas y ropas y efectos en un ser, para que el ser, en vez de ser lo que debió ser, le deje a una abandonada, transida, hiposa y palpitante!

EME. Señá Calixta, no todos los seres son iguales. Hombres hay, jóvenes alocados, que no saben apreciar la dote, digo, las dotes, que adornan un alma generosa, noble, desprendida; pero haylos también, varones maduros, que por una mera atención serian capaces de sacar la cédula.

ALIX. Los habrá, pero a mí se antojan mirlos blancos. Yo

ya sé a quién tengo que entregar mi corazón lacerado, señor Demetrio: a Dios.

DEME. ¿Se va usté tan pronto?

CALIX. Digo que a Dios es al que tengo que hacer entrega de mi corazón. Entraré de novicia en un convento. Trocaré la mantilla de blonda por la toca blanca y negra, que llevaré hasta la muerte. Siempre llevaré toca. Y legaré a la congregación mi fortuna.

DEME. Menuda lotería.

CALIX. Siempre toca, siempre toca.

DEME. Y ¿va usté a pasar por el dolor de abandonar el mundo?

CALIX. Pasaré por el dolor.

DEME. ¿Y por la vida monótona de una celda claustral?

CALIX. Pasaré por la celda.

DEME. Y usted, mujer al fin, y mujer hermosa, ¿pasará también por la tortura de verse sin esas matas de pelo que tanto la embellecen?

CALIX. Pasaré por las matas.

DEME. Pero, usted, ¿adónde va? ¿Adónde va usted con esos pensamientos monásticos?

CALIX. A enterrarme en vida.

DEME. ¿Vale el consejo de un hombre que la aprecia a usté y la distingue a cualquier distancia?

CALIX. Vale.

DEME. ¿Vale?

CALIX. Vale.

VALE. (*Acercándose.*) ¿Me llaman ustedes?

CALIX. Aún no, buen mozo.

DEME. No interrumpas, hombre

VALE. Bien, bien. (*Se retira.*)

CALIX. Reanude.

DEME. Pues oído al redoblante, seña Calixta. Hágame usté caso a mí y al refranero: «A rey difunto, otro a punto.»

CALIX. (*Levantándose.*) Y ¿dónde está ese monarca? ¿Dónde?... ¡Bah! ¡Fantomas! (*Vuelve a dejarse caer en la silla.*)

DEME. Señá Calixta. «Todo llega, menos el tranvía de Atocha.»

CALIX. Pero ¿no le he dicho a usté antes que estoy hollada? ¿Qué hombre grande, de espíritu moderno, sería capaz de dar su apellido a un infante de otra dinastía?

DEME. Ese hombre existe, señora.

CALIX. ¿Cómo? ¿Usté cree?

DEME. Que así como Dios, según se ha visto en el pecado

CALIX.
DEME.
CALIX.
DEME.
CALIX.
DEME.
CALIX.
DEME.
CALIX.
DEME.
VALE.
CALIX.
VALE.
CALIX.
VALE.
CALIX.
VALE.
CELES.
CALIX.
CELES.
DEME.
CELES.
VALE.

original, cree que deben pagar los hijos las faltas de los padres, así yo creo que los tíos deben pagar las faltas de los sobrinos.

CALIX. Está muy bien.

DEME. ¡Como Dios!

CALIX. Entonces...

DEME. Cardenal se apellida mi sobrino; pues bien, señá Calixta; si usted quiere, su hijo de usted será Cardenal.

CALIX. ¿Qué dice usté?

DEME. Que yo le doy el capelo.

CALIX. ¿El capelo?

DEME. O, lo que es lo mismo: mi apellido. Y para que no haya cuchufletas, nos vamos a Sevilla y me caso con usté.

CALIX. ¿Conmigo?

DEME. Sí. Me caso en Triana. (*La da un beso en una mano.*)

CALIX. ¡Ah! (*Da un grito y se desvanece en la silla.*)

DEME. ¡Me caso en diez! ¡Se ha desmayado, como la otra!... ¡Qué sensitiva! ¡Los pocos años! ¡Calixta! ¡Lixta! ¡Lixtita!... Oiga, camarero. (*Acude Vale.*) Esta señora, que se ha privao. Corro por un «taxi», para llevarla a su domicilio. Auxíliela, mozo. Será usté gratificado. (*No corriendo, por la izquierda.*)

VALE. ¡Arrea! ¡Cómo arrea!... ¡Y va de síncopes!... ¡Voy a ver si la vuelvo el sentido común!... (*Toma un sifón y se lo va a verter en el rostro, pero no sale el agua.*) ¡Atiza! Si no funciona...

CALIX. (*Debatiéndose.*) ¡Ah! ¡Me muero!... ¡Ah!...

VALE. Señora. Tranquilícese.

CALIX. ¡Me ahogo! ¡Ah!...

VALE. ¡Recontra, que bizquea!

CALIX. ¡Llame al señor Celestino!

VALE. (*Llamando.*) ¡Señor Celestino! ¡Señor Celestino!...

CELES. (*Asomando por el castillo, con temor.*) ¿Qué ocurre?

CALIX. ¡Que me muero! (*Se debate.*)

CELES. (*Saliendo y corriendo rápidamente en auxilio de Calixta.*) ¡Requince! ¡Señá Calixta! ¿La ha herido a usté ese tío?...

DEME. ¡En pleno corazón! ¡Ah! (*Se estremece.*)

CELES. ¡Recuarenta!

VALE. Pase usté aquí, y échese en el petate del amo mientras voy por un *antistérico.* (*Con la ayuda de Celes y Vale, la señá Calixta, estremeciéndose y suspirando, hace mutis por la derecha.*)

DEME. (*Por el foro izquierda.*) Ya está. Ahora me la llevo

al inmueble de Doña Carlota y remato el *flirt*. A vivo no me gana a mí nadie, pero que nadie... (*Entrando en el merendero.*) absolutamente nadie... ¿Dónde se habrá ido esta tía loca? (*Vuelve a salir del merendero. Por la primera izquierda, la señá Clemencia, Piedad y Narciso, que viene vestido de obrero tipógrafo, con gorra y alpargatas, y trae un lío al brazo.*)

CLEM. Eso, eso; pero que las cosas, en caliente.

PIED. ¿Traes todo en el lío?

NARC. Todo lo que llevaba encima. Lo que no la puedo devolver son los besos que me ha dao.

PIED. Es que esos no te lo consentiría yo que se los devolvieras.

NARC. ¡Chata!...

CLEM. Aquí nos tie usté, señor Demetrio...

DEME. ¿Vosotros? ¿Qué acontece?

PIED. ¿Dónde está la señá Calixta?

CLEM. ¿Dónde está esa pécora?

DEME. No está visible; pero lo que tengan ustedes que decirla, me lo dicen a mí, que soy su apoderao.

CLEM. ¡Ah! ¡Sí! Pues mejor aún. Anda, chico, haz entrega de to eso que traes, que te debe quemar las manos.

DEME. Bueno, que yo me entere: esto ¿qué es?

NARC. Esto es un lío.

DEME. ¡Toma! Eso ya lo sé.

CLEM. Suéltaselo a tu padre, pa que él se lo suelte a esa arpía.

DEME. Pero aquí ¿qué va?

NARC. Un terno.

DEME. Yo no suelto un terno, y menos a una señora. Me quedaré con él.

NARC. Ahí va. El sombrero y los zapatos de caña que me regaló la primer tarde que hablamos.

PIED. ¡Qué tía! Te los compró de caña, pa pescarte.

DEME. Vengan. ¿Qué más?

NARC. La corbata, el cuello, los puños y nada más. (*Se los entrega a Demetrio.*)

PIED. Las alhajas, tú.

NARC. ¡Ah, es verdad! Se me olvidaban, mira.

DEME. Sí, sí. A ver.

NARC. Tres sortijas, un sujetador, dos pasadores y una cadenita con una medallita de la Virgen del Pilar. ¡Qué lástima! (*La contempla.*)

PIED. ¿Es que te da reparo devolverle la medalla?

NARC. Me da ya igual; es que como es de oro y platino, la tengo mucha devoción. (*La besa.*)

PIED. Yo te compraré otra más bonita.

NARC. Gracias, rica, gracias. (*Besa a Piedad.*)

DEME. (*Arrebatándole la medalla.*) Mira, niño, que la Virgen lo ve todo. Trae.

CLEM. Aligera.

NARC. Sí, señora. (*Buscándose en los bolsillos.*) Ahí va. Un guardapelo de oro, que tiene por un lado su cara.

PIED. ¡Ay, su cara!

NARC. Y por el otro, pelo suyo.

CLEM. ¡Jesús, qué asquito!

DEME. Trae, trae... (*Se lo arrebata.*)

CLEM. Pero ¿se va usté a guardar esa porquería?

DEME. Con la cara y el pelo. No que no.

NARC. Y nada más. ¿Estás ahora contenta, cielo?

PIED. ¡Loca de alegría! (*Se abrazan. Por el merendero, la señora Calixta, seguida de Celestino y Vale.*)

CALIX. ¡Ay! ¡No saben ustedes qué trance he pasado! ¡Creí que me moría! (*Sale del merendero.*)

DEME. ¡Arrea! ¡Ella!... (*Yendo a su encuentro.*) ¡Calixta! ¡Lixta! ¡Lixtita!...

CALIX. ¡Ay, Deme!...

CLEM. ¡La usurera!

CALIX. ¡El! ¿Cómo? (*A Demetrio.*) ¿A qué ha vuelto esta gente?

DEME. A devolver a usté todos los regalos que le ha hecho a mi chico.

CALIX. ¿Dónde están?

DEME. Los tengo yo, amor mío.

CALIX. ¡Deme!

DEME. Así me gusta que me llames. Deme.

CALIX. Digo que me los des.

DEME. ¡Ah! (¡Caray!)

CALIX. Vengan, vengan objetos. La lámpara, señor Celestino.

CELES. ¡Demonio!... (No se le olvida nada.) (*Hace mutis. Demetrio empieza a enseñarle los regalos y el lío.*)

CELES. (*Con la lámpara.*) Aquí tiene usté, señá Calixta.

CALIX. Venga. (*Toma la lámpara con una mano y el lío al brazo, y en la otra mano el sombrero de Narciso.*) Y ahora, ¡adiós, Narciso! No te guardo rencor.

CELES. Pues es lo único que no se guarda.

CALIX. Límpieme usté esta lágrima furtiva, señor Deme.

DEME. ¿Ve usté cómo no puede con todo? Venga ese flexible (*Se lo quita y se lo pone.*), y tome usté mi brazo,

y vamos andando, que, como dijo el otro, «Este mundo es una jota, y el que no baila es idiota».

CALIX. Y ¿dónde vamos?

DEME. ¿Dónde hemos de ir con lámpara y flexible? ¡A la Bombilla! (*Cogidos del brazo, se miran con arrobamiento.*)

NARC. (*A Piedad.*) ¡Y nosotros, a Amaniel! (*Se cogen del brazo, y se arroban.*)

CELES. (*A la señá Clemencia.*) ¿Y nosotros?

CLEM. ¿Nosotros?

CELES. La ofrezco a usté mi castillo feudal.

CLEM. Gracias. Yo ya he pasao de la Edad Media.

DEME. ¡Qué alegría más inmensa!
Siempre se debe esperar
hallar amor, y dispensa (*A Calixta.*)
el modo de señalar. (*Al público.*)
Que donde menos se piensa
es en el fondo del mar.

CUADRO-MÚSICA

TELON

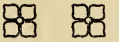
ACABA DE APARECER

MI TIA MANOLITA

LA OBRA MAS INTERESANTE
DEL ILUSTRE ESCRITOR

ALBERTO INSÚA

QUE PONE DE RELIEVE EN
ESTE LIBRO TODAS SUS PASMOSAS
CUALIDADES DE MAESTRO DE LA
NOVELA MODERNA



Un volumen de 240 páginas, impreso en magnífico papel pluma y exornado con una admirable portada de Ribas:

CINCO PESETAS

EDITORIAL SIGLO XX

LAS OBRAS LIBRES

Acaban de aparecer los tres primeros volúmenes de esta interesantísima colección, en la que se incluirán obras de los más prestigiosos autores, escritas con el mayor decoro literario. Son:

LOS DOS

novela de

EDUARDO ZAMACOIS

UNA HISTORIA FRANCAMENTE INMORAL

original de

ALBERTO INSUA

y

LOS LADRONES Y EL AMOR

novela de

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Precio de cada tomo: 2,50 pesetaa.

EDITORIAL SIGLO XX

ACABA DE PUBLICARSE

EL SORTILEGIO DE LA CARNE JOVEN

la nueva novela del admirable literato

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

que en el apogeo de su talento ha producido una verdadera obra maestra, sin duda alguna su mejor libro, y, desde luego, una de las más bellas novelas modernas.

Un volumen de más de 200 páginas, lujosamente editado y ornado con una deliciosa portada de Ribas:

CINCO PESETAS

EDITORIAL SIGLO XX

¿QUIERE USTED CONOCER

la más sugestiva novedad literaria de los tiempos modernos? Lea

La Europa galante

LA DELICIOSA Y CELEBRE OBRA DE

PAUL MORAND

EL MAYOR EXITO DE LIBRERIA EN FRANCIA

DURANTE EL AÑO ULTIMO

TRADUCCIÓN DE

ANDRÉS GUILMAIN

PRÓLOGO DE

ALBERTO INSÚA

Un volumen de 240 páginas con preciosa portada de Ribas:

CINCO PESETAS

EDITORIAL SIGLO XX

EDITORIAL SIGLO XX

RODRIGUEZ SAN PEDRO, 57

APARTADO 8.036

MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor	2,50

PRÓXIMAS A APARECER

Emilio Carrere: El más espantoso amor.
Paul Morand: Lewis e Irene.
José Francés: Su Majestad.
Alvaro Retana: El paraíso del diablo.
Pedro de Répide: La abominable virtud.

EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID